

A.S.
DISC
1952-1953

3 DON MIGUEL DE UNAMUNO Y LA LENGUA
ESPAÑOLA

Discurso inaugural del Curso
Académico 1952-1953 en
la Universidad de Salamanca

Para dar cumplimiento a esta obligación académica del discurso de apertura, he elegido el siguiente tema: «Don Miguel de Unamuno y la lengua española». Me han movido a ello dos razones. La de haber sido una de las disciplinas que aquél profesó en nuestra Universidad, y la de haber sido en su clase donde inicié el aprendizaje de una materia a la que, jubilado su titular, vengo dedicando desde hace dieciocho años mi actividad docente. Cualquiera de ellas creo que justifica la elección, pero no asegura la eficacia con que el tema va a ser abordado en este acto. Y antes de hacerlo conviene que puntualice su alcance, ya que su título podría inducir a error en cuanto a sus proporciones, pues todos los que conocen la obra de Unamuno saben hasta qué punto está presente en ella su dedicación a temas lingüísticos, sentidos e interpretados por él de un modo tan original como constante. Baste decir, y ello justifica mi cautela, que hace apenas unos años fué leída en la Universidad de Madrid una tesis doctoral sobre «El ideario lingüístico de don Miguel de Unamuno», amplia y certera visión de un quehacer académico y de una dilatada producción, utilísimo guía para adentrarse en uno de los aspectos más complejos de la obra unamuniana, y que, sin embargo, como su autor advierte, no agota las posibilidades del tema. Debemos este trabajo—inédito todavía—a Fernando Huarte Morton, hijo de un antiguo profesor de esta Universidad, que gentilmente ha puesto a mi disposición

un ejemplar del mismo, y a quien por ello doy las gracias en esta ocasión. Y si nos refiriésemos al manejo que Unamuno hizo de la lengua española en sus escritos, o a los estudios que sobre su estilo se han hecho y pueden aún llevarse a cabo, no es ocasión de traer aquí la bibliografía existente o la noticia de dilatados trabajos aún no publicados, pero de los que tengo conocimiento, como el de un amigo y compañero español dedicado exclusivamente a los neologismos unamunianos.

Porque conozco la trascendencia del tema y los límites de mi esfuerzo, además de los que las circunstancias imponen, he de limitar mi contenido a lo que creo más acomodado al carácter de esta intervención, que no será otro que el de puntualizar ciertos aspectos de las tareas docentes que Unamuno llevó a cabo ejemplarmente en esta Universidad de Salamanca, y cómo su magisterio se proyectó siempre en la órbita personal de sus colegas, discípulos y amigos, y en la más perdurable de sus escritos.

Estudios en Madrid.

Son muy numerosas las ocasiones en que don Miguel se refiere a sus años de estudiante de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid, a cuya ciudad llegó desde su Bilbao nativo, donde había cursado los estudios de Segunda Enseñanza y obtenido el título de bachiller el día 21 de junio de 1880, a los quince años de su edad. El día 28 de septiembre de ese año, vispera de cumplir sus dieciséis, firmaba en Madrid su solicitud de matrícula en el primer curso de la expresada Facultad, señalando como su domicilio en la Corte el de la calle de Fuencarral, número 2, la llamada casa de Astrarena, en la red de San Luis, a la que muchas veces se refirió, desaparecida en vida de nuestro autor. En ella vivió los dos primeros cursos que estudió en Madrid, trasladándose en el siguiente no lejos de allí, a la plaza de Bilbao, número 8, y en el cuarto y último curso a la calle de Mesonero Romanos, número 36, céntrico panorama matritense no lejos de la Universidad y próximo al Ateneo, establecido entonces en la calle de la Montera, frente a la desaparecida iglesia de San Luis.

Inició don Miguel sus estudios de Filosofía y Letras por el plan

que en el verano de 1880 había hecho público el Ministerio de Fomento, reformando el que regia desde la vieja Ley Moyano, la de 1857, a diferencia del cual se ordenaban aquéllos en cuatro años, tres de Licenciatura y uno de doctorado. Siguiendo rigurosamente este plan, el 21 de junio de 1883 se graduaba Unamuno de Licenciado ante un tribunal integrado por don Mariano Viscasillas, don Francisco Codera y don Luis de Montalvo; y un año después—el 20 de junio de 1884—~~obtenía~~ su doctorado ante otro tribunal, que presidido por don Francisco Fernández y González, formaban los catedráticos don Miguel Morayta, don Manuel María del Valle, don Antonio Sánchez Moguel y el señor Gelabert. El tema elegido para el ejercicio de Licenciatura, señalado con el número 78 del cuestionario, fué éste: «El Bien. Concepto del Bien, mostrado en la conciencia: Orden»; y el de la tesis doctoral, de la que fué ponente Sánchez Moguel, «Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca». La calificación obtenida en ambos grados fué sobresaliente, y en el de Licenciado, además, el premio extraordinario.

obtenio

Del plantel de profesores de la Universidad de Madrid en aquellos años, los más recordados por Unamuno en sus escritos fueron Menéndez y Pelayo, Ortí y Lara y Sánchez Moguel, y fué este último quien debió iniciarle en los estudios de la Lingüística española, que no figuraban en aquel plan de estudios de 1880, ni figuraron hasta veinte años después, en que, bajo el pomposo nombre de «Filología comparada del latín y el castellano», los introduce el plan de 1900, en cuya fecha se hace cargo Unamuno de la explicación de esta materia en nuestra Facultad de Filosofía y Letras, de la que era catedrático desde 1891. De todas las menciones que Unamuno hace de sus maestros matritenses, recojó la contenida en estas palabras, porque, además de ser indeterminada en cuanto a las personas, es poco conocida. Fueron escritas en 1933, y dicen así: «Un año me falta para jubilarme como catedrático universitario; hay por toda España desparramados alumnos que asistieron a mis clases en aquellos tiempos de obra docente y discente cotidiana, regular, oscura, y todo lo que deseo es que esa mocedad que educamos nosotros, los de aquel tiempo, guarde de nuestra labor el recuerdo que yo guardo de los maestros que hace cincuenta años me enseñaron a estudiar, me despertaron curio-

sidades y aficiones en la Universidad española del Madrid de entonces. No es lo que ellos me enseñaron, sino lo que yo aprendí, excitado por sus enseñanzas y no pocas veces en contra de ellas, por mi mismo. Me enseñaron a leer, en el más noble y alto sentido de la lectura. Y enseñándome a leer me enseñaron a escribir.» («La Universidad, hace veinte años», en el diario *Ahora*, 17-VIII-1933.) Y confirmando mi suposición del magisterio, más o menos efectivo, de Sánchez Moguel, este pasaje de su ensayo «La enseñanza del latín en España», fechado en 1894: «Se cursaba latín, francés, griego, hebreo o árabe y sánscrito, y apenas se oía una palabra sobre el proceso de formación de la lengua en que se pensaba. Algunos suplían por sí la deficiencia oficial; en la Universidad Central ha venido dedicando el señor Sánchez Moguel gran parte de sus cursos de historia de la literatura española al estudio de la historia de la lengua en que esa literatura está escrita, labor benemérita, perseguida con ahinco y premiada con frutos.» (*Ensayos*, 1916, II, p. 24-25.) Esta confesión, y la circunstancia de haber sido Sánchez Moguel ponente de la tesis doctoral de Unamuno, permite establecer la existencia de una amistad naciente entre maestro y discípulo, que, sin embargo, no debió acendrase, a juzgar por lo que el propio don Miguel escribe a uno de sus alumnos salmantinos, el ledesmino Casimiro González Trilla, que aún vivía hace un par de años en tierras argentinas. En una carta que le dirige, enviándole una tarjeta de presentación para su antiguo maestro, se pueden leer estas palabras: «Y quiera Dios que le sirva; porque no sé cómo estará al presente conmigo, pues es hombre que hoy le pone a uno en los cuernos de la luna y mañana a los pies de los caballos. Una de las cosas más graciosas será el que, a las pocas veces de hablarle a usted, y sabiendo que es usted mi recomendado, le dirá de mí cosas estupendas, mezclando elogios con vituperios. Así es el hombre y así hay que tomarlo.» (Carta de 17-III-1904.) Lo que se corrobora con estas otras al mismo destinatario: «No se fie usted mucho de promesas de Sánchez Moguel, que es algo fantástico y más que algo ligero. Apenas hay quien no acabe mal con él.» (Carta de 12-X-1905. Publicadas ambas por Hernán Benítez en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1950.)

Prescindiendo del giro personal de estas menciones, parece

cierto que Unamuno pudo suplir, siquiera en parte, las deficiencias del plan oficial de estudios en cuanto a la enseñanza de la Lengua española en aquellas disquisiciones de Sánchez Moguel en su clase de Historia de la Literatura española. Aunque, y él mismo nos informa de ello, aprendiese el resto por sí mismo.

Oposiciones.

Doctor en Filosofía y Letras Unamuno desde junio de 1884, se abría ante él el mismo panorama que sigue abriéndose ante los españoles que se disponen a emprender un camino semejante. El mismo nos lo dirá en 1905 en estos términos: «Cuando acabé mi carrera, doctorándome en Filosofía y Letras, se me presentó, desde luego, como a todos nos ha sucedido, el problema de aprovechar mis estudios; y como mis aficiones eran por entonces, y siguen siendo, a todo, pero muy en especial a la filosofía y a la poesía —hermanas gemelas—, me preparé a hacer oposiciones, y las hice primero, a una cátedra de psicología, lógica y ética, y luego a una de metafísica. Pero dado mi criterio de entonces en la materia, y dada, sobre todo, la independencia de juicio que ya por aquella época era mi dote espiritual, fracasé, y no pude sino fracasar, en ambas oposiciones. Quiero decir que me quedé sin ninguna de ambas cátedras. Y entonces decidí, aprovechando mis aficiones a lenguas, opositar a latín y griego. Y después de dos infructuosas oposiciones a cátedras de latín, logré al cabo ganar una cátedra de lengua griega ante un tribunal presidido por mi maestro don Marcelino Menéndez y Pelayo, que es un elocuente poeta y lleva alma de tal a sus trabajos de reconstrucción erudita del espíritu de los tiempos pasados. En el mismo tribunal figuraba otro hombre de refinado gusto y de espíritu delicado: don Juan Valera.» («Sobre la erudición y la crítica», fechado en 1905. *Ensayos*, 1918, VI, p. 93.) De otro de sus jueces, don Lázaro Bardón, un recio maragato, al que llama «mi primer maestro de griego», se acuerda muchos años más tarde, en uno de sus escritos volanderos. («Regüel-dos», en el diario *El Sol*, 12-XII-1933.)

Esto ocurría en el verano de 1891, y en octubre siguiente, con el nuevo curso académico, iniciaba don Miguel de Unamuno su

vida profesional en esta Universidad de Salamanca, como titular de una de las dos cátedras de Lengua griega. De su labor en ella durante los treinta y tres años que la profesó no es de nuestra competencia hablar. Queda fuera de tema y carezco de experiencia personal, por no haberme correspondido frecuentar su clase. Pero sí quiero traer aquí unas palabras suyas, por lo que tienen de aplicación a su otro quehacer como catedrático de Lengua española: «Apenas obtuve la cátedra—escribe en 1905—, me encontré con un profesor eruditísimo, el cual me espetó una larga arenga para persuadirme de que dedicara mi vida a ser un helenista, y no sé si a desenterrar y publicar yo no sé qué manuscritos griegos que dicen que hay en el Monasterio del Escorial. Quería ya acotarme el campo y decirme: ¡De aquí no se pasa! Pero yo, que sabía muy bien que no es de helenistas de lo que España más necesita, no le he hecho caso alguno, y de ello estoy cada vez más satisfecho. Sé más que el suficiente griego para poner a aquellos de mis alumnos que gusten de él en disposición de valerse por sí mismos y de hacer progresos en la lengua de Platón, y puedo ponerles al corriente de lo que se sabe de más importante respecto a la literatura griega. Fuera de esto, no me creo obligado a hurtarme de los que estimo sagrados deberes para con mi patria, engolfandome en eruditas disquisiciones sobre este o el otro punto de filología o de literatura helénica, lo cual sería pasadero si no hubiese aquí labores más urgentes que acometer... No, no me ha dado Dios mis capacidades para eso.» («Sobre la erudición y la crítica», *Ensayos*, 1918, VI, p. 94-95.)

De lo que eran sus clases de Lengua y Literatura griegas, cátedra que pasó a ocupar en el curso de 1899 a 1900, en lugar de la de Lengua griega, que obtuvo por oposición, han hablado y escrito algunos de los que fueron sus discípulos; pero creo que estos testimonios, fáciles de espigar, deben ceder ante el del propio Unamuno, quien, accediendo a una invitación que le fué hecha por un compañero de este claustro, don Julio Nombela y Campos, expuso a sus lectores lo que él realizaba y cómo entendía tal enseñanza. Pueden leerse estas experiencias en un escrito suyo que con el título de «Sobre la enseñanza del clasicismo» apareció en la revista madrileña *Vida Intelectual*, en 1907: «Apenas mis alumnos conocen el alfabeto griego—escribe—y pueden seguir la mera

lectura de un texto, y mientras van imponiéndose en la declinación y conjugación regulares, voy yo traduciendo y comentando lo que se lee. Es decir, que empiezo a traducir griego desde el cuarto o quinto día de clase, y no deja de traducirse hasta el último del segundo de los dos cursos de lección diaria de que consta la asignatura. Y por utilidad mía no traduzco una misma cosa en dos cursos distintos. Hace dos años—esto es, en 1905—tradujimos dos cantos enteros de la *Iliada*, un diálogo de Platón, la *Antígona* de Sófocles, el *Prometeo encadenado* de Esquilo y el *Manual* de Epicteto. A quien conozca el griego le parecerá que esto es mucho traducir para un solo curso, pero he de advertirle que no me detengo con delectación morbosa de lingüista o de gramático, en las dificultades y pasajes oscuros, sino que a las veces los paso por alto, dando la interpretación más corriente. Mi objeto es acostumar al estudiante a la fisonomía general del idioma, suministrarle un vocabulario lo más rico posible y hacer que se aficiona a la literatura griega, pudiendo gustar de algunas de sus obras maestras en conjunto. No quiero hacer helenistas, sino hombres cultos con sentido del espíritu clásico helénico y gusto por la antigüedad.»

Pero dejemos a Unamuno como profesor de Lengua y Literatura griegas para acercarnos al camino que le condujo a serlo de Lengua española. Después de un intento malogrado para obtener la cátedra de Filología románica de la Universidad de Madrid, que otra reorganización de los planes de estudio en la Facultad de Filosofía y Letras, la de 1898, había establecido. Uno de los opositores a dicha disciplina, don Ramón Menéndez Pidal, nos ha referido cómo en diciembre de 1899, y debido a esta circunstancia, conoció personalmente a Unamuno, con el que anudó una amistad fervorosamente mantenida. Firmaron aquellas oposiciones los dos maestros citados y Rufino Lanchetas, al que poco tiempo después premiaba la Real Academia Española de la Lengua su *Gramática y vocabulario de las obras de Berceo*. «Los opositores—escribe Menéndez Pidal—estábamos reunidos en el local de la Universidad, en la calle de San Bernardo, una mañana de diciembre de 1899, para presentarnos al tribunal, presidido por don Eduardo Saavedra; pero faltaba Unamuno, el opositor más temible para todos. Un par de años antes había impresionado al público con la

novela *Paz en la guerra*, era ya ensayista discutido y, sobre todo, hacia ya ocho años que era catedrático de griego en Salamanca, puesto que había ocupado con fama de opositor formidable, por su gran cultura, por su habilidad discursiva y por sus genialidades desconcertantes.» Lanchetas aseguraba que Unamuno no concurriría a las oposiciones, pues aquella misma tarde pensaba regresar a Salamanca, y ya faltaban pocos minutos para que el tribunal iniciase su actuación. «Pero entonces mismo—prosigue Menéndez Pidal—, en la puerta de nuestra sala de espera aparece la figura de Unamuno, que, a paso lento, escrutando con sus atónticos ojos de buho el fondo de la sala, avanza distraído hacia nosotros. Nunca tan indeseada aparición vi. Nos saluda como a coopositores desconocidos. Lanchetas, por hablar de algo, le alude al rumor de su desistimiento, y él responde: «Vengo a presentarme al tribunal, porque tengo derecho a tomar parte en estas oposiciones, que he firmado, pero no pienso seguir las; me vuelvo esta tarde a Salamanca. Sólo vengo porque nunca se debe dejar de ejercer un derecho que se tiene.» Yo respiré muy satisfecho al oír aquella salida. Y en adelante fuimos muy amigos, aunque nuestras vidas corrieron por cauces tan diversos.» («Recuerdos referentes a Unamuno», en *Cuadernos de la cátedra de Miguel de Unamuno*, Salamanca, 1951, II, págs. 5 y ss.). Esta fué la última salida de Unamuno al panorama español de las oposiciones, de las que solía decir un poeta español, recientemente fallecido, que son una concentración de esencias hispánicas, por lo que hay en ellas de lotería, de inquisición y de toros. Panorama al que él también se asomó y del que Unamuno tenía la experiencia de sus derrotas y de sus triunfos. Y si de las oposiciones que hizo a la cátedra de griego de Salamanca salió la amistad con Angel Ganivet, de éstas a la de Filología románica de Madrid iba a nacer la que le uniría en un quehacer común con don Ramón Menéndez Pidal. Pero de esto trataremos más adelante.

Mientras tanto, el verano del año 1900 traía al ambiente universitario una nueva reforma de los planes de estudio de Filosofía y Letras. En ella se establecen las tres secciones de Filosofía, Letras e Historia, las que muchos de nosotros hemos conocido, y una de sus novedades es la creación de una nueva disciplina, la de «Filología comparada del latín y el castellano», que, como clase

diaria, se incorpora al cuarto y último curso de los estudios de Licenciatura. El 19 de noviembre de ese mismo año era nombrado Unamuno catedrático titular de esta disciplina, que simultaneó con la de Lengua y Literatura griegas, hasta febrero de 1924, en que salió desterrado de España. Al regresar a ella, seis años más tarde, ya sólo regentó la cátedra que posteriores reformas bautizaron con el nombre de «Historia de la Lengua española», en la que fué jubilado, al cumplir los setenta años, en 1934, después de casi treinta años de desempeño efectivo.

Primeros trabajos lingüísticos.

El tema elegido para su tesis doctoral, «Crítica sobre el origen y prehistoria de la raza vasca», pareció que iba a marcar la senda de Unamuno. «¡Qué horas de recogido trabajo en aquella biblioteca!—se refiere a la Nacional, en la que preparaba aquel estudio—. Unos pobres tinteros de plomo y unas plumas de ave, que se hincaban, después de usadas, en unas tacitas de loza llenas de perdigones. Y tener que ir casi siempre al encargado del índice, pues los libros que yo pedía, como no eran de los de pedido corriente, no los conocían los bibliotecarios de servicio diario. («Cruce de miradas», en el diario *Ahora*, 21-XII-1934.)

Y en esta dirección lleva a cabo la publicación de algunos trabajos referentes al vascuence. Con ellos alterna su dedicación a la enseñanza privada y aun a la oficial, ya que el Instituto de Bilbao le encomienda una clase de Lengua latina. En el curso de 1890 a 1891, poco antes de obtener la cátedra de la Universidad de Salamanca, figuró como alumno suyo Nicolás de Achúcarro, el que luego sería famoso biólogo, a cuya temprana muerte le dedicó Unamuno páginas de sincera emoción. Estos años bilbainos, los comprendidos entre 1884, fecha de su doctorado madrileño, y 1891, con el que se inicia su vida salmantina, debieron ser para él de intenso trabajo. Y mientras preparaba esas cinco oposiciones a las que antes me he referido, se entrega al estudio del vascuence. Los primeros trabajos vieron la luz en la *Revista de Vizcaya*, donde aparecieron, en 1886, los dos extensos artículos sobre «El elemento alienígena en el idioma vasco», «El dialecto bilbaíno»,

«¿Vasco o basco?» y «Más sobre el vascuence». El primero de ellos, con seguridad el más denso y logrado, fué refundido por su autor más adelante y vió la luz en una prestigiosa revista europea, la *Zeitschrift für romanische Philologie*, alemana, en 1893, cuando ya era catedrático de Salamanca. En una reseña que de estas páginas hizo el propio Gastón Paris, con adiciones de Morel-Fatio, éste llama la atención sobre las interesantes observaciones en ellas contenidas, «que nos descubren—escribía—un espíritu sano», «revelándonos ciertos procedimientos de re-creación de palabras vascas debidas a los campeones del euscarismo». La desconfianza unamuniana por los vascófilos al señalar los préstamos románicos del vasco está ya patente en este trabajo, que hecho por un vasco de nacimiento sorprende al hispanista francés.

Prescindiendo de otros trabajos menos profundos, pero siempre atractivos, que Unamuno hizo publicar en diarios y revistas bilbainos de estos años, cuyos ecos, así como los anteriores, reaparecen en su ensayo «La cuestión del vascuence», fechado en 1902 e incluido en el tomo III de sus *Ensayos*, otra de las tareas que lleva a cabo por entonces es la traducción parcial de los *Bocetos de viaje a través del país vasco*, de Guillermo de Humboldt, que a principios de siglo lo recorrió en compañía de su esposa, sus tres hijos, el grabador Gropius y una sirvienta. Dicha versión, para la que Unamuno utilizó aquellos conocimientos que de la lengua alemana había adquirido a sus dieciocho años en las clases del Ateneo madrileño, y luego en sus lecturas de Hegel, según él nos confiesa, fué publicada en la revista *Euskal-Erria*, precedida de un breve prólogo, en el año 1889. Y no sólo por escrito; también su palabra se escuchó en aquel Bilbao de sus años mozos, especialmente en los locales de «El Sitio», donde ya en el mes de enero de 1887 pronunció una conferencia sobre «El espíritu de la raza vasca». Aunque no fué entonces, sino con motivo de los juegos florales de 1901, en los que dejó oír su voz, cuando más se exteriorizó el disgusto de sus paisanos ante la actitud adoptada para con el vascuence, cuyo respetuoso embalsamamiento llegó a pedir en numerosas ocasiones, para dar paso al que él llamaba el *sobrecastellano*, una común lengua española, a la que aportasen las de las demás regiones de España su propia modalidad expresiva y operante. Es curioso, por ejemplo, cómo uno de estos vo-

landeros escritos de Unamuno, el titulado «De ortografía», que vió la luz en un diario bilbaino, motivó la réplica de Sabino Arana en unos *Pliegos euskarófilos*, publicados en Barcelona, donde por entonces residía, en 1888.

No es de este lugar insistir en la posición de Unamuno en cuanto a la lengua de su país natal, y sólo pretendimos aludir a los primeros trabajos de carácter lingüístico que el estudio sereno y reflexivo de ella le sugirieron. Otros menesteres le acuciaban, y en ellos ocupa un lugar preeminente la lengua española, los cuales iba cumpliendo con la publicación de artículos volanderos o meditados ensayos en la Prensa bilbaina o en las revistas madrileñas, especialmente en *La España Moderna*, fundada por su gran amigo don José Lázaro Galdeano, y que fué su tribuna habitual durante muchos años. Pero estos trabajos pertenecen ya a su etapa salmanticense, sobre todo a sus primeros años, los que corrieron entre 1892 y 1903. Prescindo de su curiosa intervención en una polémica literaria local, en el *Diario de Bilbao*, hacia 1888, en la que sale a la defensa de Antonio de Trueba, a quien se había atacado por el uso de un giro a base de los pronombres *se* y *le*, en la que, de paso, nos da ciertas noticias sobre cómo se hablaba el castellano por los bilbainos.

De los trabajos dedicados a la lengua española en estos años, no pocos de ellos pasaron luego, integros o retocados, a aquellos sus primeros ensayos, con los que se labró una perdurable fama de rango nacional. Citemos entre ellos, y bien conocidos son, el titulado «La enseñanza del latín en España», que data de 1894, en el que aboga por la reparación de un gran error de la enseñanza universitaria, como es la ausencia de la Filología románica; o los famosísimos cinco ensayos que forman «En torno al casticismo», del año siguiente, tres de los cuales contienen observaciones sobre el castellano y sobre sus primeros monumentos literarios, como el *Poema del Cid*. Anteriores a estos dos textos son una serie de correspondencias en la Prensa bilbaina, enviadas desde Salamanca, dedicadas a temas diversos, que luego incorporó a alguno de sus ensayos posteriores. La titulada «La evolución de los apellidos», de 1892, reaparece en el que llamó «La selección de los Fulánez», y las dos que sucesivamente dedicó a la reforma de la ortografía, fechadas en 1894, pasan en sus líneas esenciales al

titulado «Acerca de la reforma de la Ortografía castellana», dos años más tarde.

Siguiendo un orden cronológico, corresponden al año 1901 dos ensayos: «La reforma del castellano», concebido como prólogo para el libro *Paisajes parisienses*, del escritor argentino Manuel Ugarte, y el más importante «Sobre la lengua española», en el que defiende el empleo del término *sobrecastellano*, aplicado a la lengua española o hispanoamericana, que aquel mismo año había empleado en su memorable discurso de los juegos florales de Bilbao. En 1899, el mismo año de sus frustradas oposiciones a la cátedra de Filología románica de la Universidad de Madrid, salieron de su pluma algunos trabajos, que fueron viendo la luz en las revistas madrileñas y en las páginas de algún diario de Buenos Aires. Deben ser citados, por vía de información, unos «Escarceos lingüísticos», el primero de los cuales se refiere al uso de los pronombres personales átonos de dativo y acusativo, *le* y *la*, bajo este título, tan acomodado a una de sus preocupaciones lingüísticas de entonces: «¿Le o La?, ¿herencia o adaptación?», y el segundo tiene por tema «A propósito de los dobles», es decir, los derivados cultos y populares de una misma palabra latina, muy a tono también con otra de las actitudes que Unamuno mantuvo consecuentemente en el uso de la lengua española. Ni que decir tiene que por estos años—ya nos referiremos a ello más adelante—su decidida preferencia está del lado de las formas populares. Tanto debió de seducirle este tema, que lo reelaboró para otra colaboración en una revista madrileña, ampliando con nuevos ejemplos de dobles los ya reunidos en su primera versión.

También llevan la fecha de 1899 los dos escritos titulados «Contra el purismo», publicados en Buenos Aires, que años más tarde, en 1903, pasaron al ensayo de igual título, uno de los más conocidos de su autor, en el que rompe una lanza contra la ramplonería de las disputas gramaticales y el insustancial ojeo de gazapos del lenguaje, al que no pocos presuntos tratadistas de entonces se dedicaban. El deseo de dar flexibilidad y, con ella, riqueza al viejo romance castellano, ese afán de complejizarlo poniéndolo a tono con la vida, que es una de las constantes unamunianas en estas cuestiones, lo expone ante los lectores catalanes en un diario de aquella capital, que era su lugar apropiado.

FA #
tanto por su título, «La Prensa y el lenguaje», como por la misión que aquella le confía de recoger el idioma vivo que se está formando, para que luzca sus galas junto al de los puristas, que lo van sacando de ese archivo muerto que son las gramáticas y diccionarios. Y de este mismo año 1899 es un curioso escrito, cuyo solo título sacude ya la atención del lector. Se llama, nada menos, que «Sobre la dureza del idioma castellano». Es un breve ensayo, en el que, a tono con su título, enumera los que él llama elementos histológicos, realmente fonéticos, que pueden explicar tal cualidad de nuestra lengua: su pobreza en sonidos vocálicos, la ausencia de algunas consonantes comunes a otros idiomas románicos, la preponderancia del acento tónico, una individualización de las palabras en la frase que da a ésta una estructura más sistemática y menos orgánica que la francesa, y la falta de formas contractas junto a las distractas, que constituye un tropiezo en la versificación. Tales fundamentos, íntimos y profundos, «no se corrigen—escribe—con la adopción de nuevos vocablos, sino más bien con la influencia dialectal y de las hablas populares, cuyo fonetismo se aparta algo del que priva en la lengua literaria y oficial». No podemos detenernos ahora en acomodar estas observaciones unamunianas a las posteriores adquisiciones y precisiones de la fonética y de la fonología del español, limitándonos a señalar cómo las dotes observadoras de su autor se fijaban sobre aspectos que en su tiempo eran apenas considerados.

Entre los escritos menores publicados con posterioridad a esta fecha señalaré tan sólo los que llevan por título «La individualidad de la palabra», fechado en 1900, y «El siglo en España. La Lingüística», de 1901. En el primero de ellos subraya cómo la lengua escrita vela el proceso de la lengua hablada, llegando a modificarla, utilizando las observaciones de Hermann Paul, uno de los filólogos extranjeros que más leyó en estos años, y aduciendo curiosos ejemplos de vocablos recogidos por él en esta provincia de Salamanca. Y si la lengua escrita, con el peso que a ella llegó del que llama latín *visto*, es la que da individualidad a las palabras, la realidad viva de la lengua hablada—la *oída*—ofrece una situación más cambiante. El segundo trabajo, surgido con ocasión del comienzo de un siglo nuevo, viene a ser, en su carácter de divulgación, un resumen de la historia de la lingüis-

tica a lo largo del siglo XIX, reveladora de los conocimientos logrados por su autor en estas materias, que partiendo, para lo románico, de los trabajos de Federico Díez y sus seguidores, llega hasta los descubrimientos de la fonética experimental del abate Rousselot, lamentándose de cómo en España no se dieron cuenta del trato científico que nuestra lengua, como integrante de la comunidad románica, obtenía fuera de ella. Por eso celebra que al fin se hayan establecido tales estudios en la Universidad española, aun en el marco provisional de la flamante cátedra de «Filología comparada del latín y el castellano», base obligada para un conocimiento científico, al que augura un gran porvenir, y principio del fin del gramaticismo empírico de dómines y cazagazapos.

La «Vida del romance castellano».

Todos los trabajos unamunianos de tema lingüístico a que nos acabamos de referir fueron viendo la luz en estos años de fin de siglo, y algunos merecieron la reelaboración o pasaron, con leves modificaciones, a los ensayos que periódicamente publicaba en las columnas de *La España Moderna*. Si éstos iban destinados a un público más escogido, todos se difundieron entre los lectores de Unamuno, cuya firma ya era habitual en diarios y revistas españoles e hispanoamericanos. Y todos denotan el interés afanoso con que su autor sentía e interpretaba unos temas que hasta entonces no habían sido considerados científicamente en España, porque la escuela española de Filología iba a nacer años más tarde, en torno a la figura y la obra de Menéndez Pidal. Esto autoriza ese tono de divulgación, en el mejor sentido del término, y Unamuno fué quien muchas veces puntualizó su alcance. Pero hay un trabajo al que él concedía importancia, ya que puso en abordarlo, sin duda, un afanoso empeño. Me refiero a su proyectada *Vida del romance castellano. Ensayo de biología lingüística*, reiteradamente aludido en sus escritos íntimos de esta época y no sé si en alguno de carácter público. Este biologismo, cuya raíz ha de buscarse en Spéncer, del que Unamuno tradujo varios tratados, entre ellos *Los datos de la sociología* y *El progreso. Su ley y su causa*, deriva de la concepción lingüística de Schleicher, cuyos

Orígenes del lenguaje conocía Unamuno, según señala Fernando Huarte, suponiendo que este biologismo tendría un carácter moderado sin dejar de ser metafórico. «Unamuno se daba cuenta—escribe—de que el recurrir a explicaciones biológicas es adecuado a una exposición doctrinal cuando puede aclarar ciertos conceptos, pero sólo ha de emplearse como método didáctico y sin abuso, por la luz que puedan proyectar sobre un problema las comparaciones o imágenes felices y atrayentes, y sin darles valor de realidad.» Análoga orientación se descubre en algunos de sus ensayos conocidos, como «Contra el purismo» y «La selección de los Fulánez», a los que habrán de incorporarse esos «Escarceos lingüísticos» sobre el *le* y el *la*, o sea la herencia y la adaptación, que he citado, en los que hay ecos de concepciones darwinistas. Este biologismo lingüístico no reaparece en su obra posterior, lo que abona la tesis de Lain Entralgo sobre lo pasajero del acercamiento unamuniano a esta tendencia.

Pero tratemos de ordenar las alusiones que don Miguel va haciendo en sus cartas de estos años. En ese estilo suyo tan característico, transido de humanidad, con que se desenvuelve en el incomparable marco de la comunicación epistolar. La primera de que tengo noticia data de 1895, en una carta a *Clarín*, y las más recientes y numerosas son de 1900. «Si las fuerzas y la salud me acompañan—escribe al crítico asturiano—, llevaré a cabo una *Vida del romance castellano*, de vulgarización científica, ensayo de biología lingüística del que tracé lineamientos en mi artículo acerca de la enseñanza del latín en España.» (Carta de 2 de octubre de 1895.) La mención de este ensayo, fechado en 1894, parece fijar una fecha, que, como luego veremos, ha de situarse varios años antes.

Dos años más tarde, en octubre de 1897, escribe a su íntimo amigo Juan Arzadun, y, como es costumbre en Unamuno, le comunica sus proyectos: «Por vía de descanso—dice—, he vuelto a tareas filológicas. Preparo mi *Vida del romance castellano: Ensayo de biología lingüística*; trabajo en recolectar voces, giros, fonetismos, dichos, etc., de esta región salmantina, tarea en que me ayudan algunos y que me proporciona gran distracción, y proyecto una *Patología del lenguaje*. Lo demás, lo íntimo, lo de más dentro, eso lo reservo por ahora.» (Carta de 30-X-1897.) Esa Pa-

tología mentada, ¿formaba parte del propósito indicado? No lo sabemos.

Un año después, en 1898, escribe a su gran amigo el navarro Pedro Jiménez Ilundain, con quien mantuvo una copiosísima correspondencia, que nos ha salvado el celo unamunista del padre Hernán Benítez, en estos términos: «Preparo una colección de artículos, *Celajes y paisajes* (presumiblemente el que apareció en 1902 en Salamanca, con el segundo de dichos títulos); una refundición y ampliación de ciertas memorias de mi infancia y bachillerato, que publiqué en *El Nervión* (que luego se llamarían *Recuerdos de niñez y de mocedad*); la publicación en tomo de mis artículos *En torno al casticismo* (se llevó a cabo en 1902), y para más adelante, la *Vida del romance castellano (Ensayo de biología lingüística)*.»

Carecemos de testimonios de 1899, pero los del año inmediato siguiente son numerosos. El 23 de enero escribe a Luis Ruiz Contreras: «Trabajo más que nunca en tres nuevos dramas (uno de ellos, *La venda*); en unos *Diálogos filosóficos* (que serán mi obra más madura); en *Vida del romance castellano* y en otras cosillas.» Por aquellos días—el 26—le dice a Jiménez Ilundain: «Ni tresillo, ni casino. Jamás he trabajado como ahora ni con tanta intensidad, a mi juicio. Además de mi *Vida del romance castellano*, que avanza lentamente, trábajo en unos *Diálogos filosóficos*, obra que quiero sea de absoluta sinceridad.» En la primavera de aquel año, la de su rompimiento con *Clarín*, dirige dos cartas a éste, en las que, al referirse a su proyecto, nos brinda dos noticias de positivo interés: la remota fecha de su planteamiento e iniciación, y un avance del pensamiento que lo encauza. Oigámosle: «Lo que tengo cada día más abandonado es el estudio de la lingüística. Duermen en mi cajón los riquísimos materiales acumulados en doce años para mi *Vida del romance castellano: Ensayo de biología lingüística*. Temo que pudiera valerme de parte de algunos el dictado de *sabio*, y aunque sé lo inapreciable de la sabiduría, no sé bien por qué, pero es el caso que, según pasan los años, cobro más aversión a eso que aquí se llama *sabios*, es decir, *savants* y no *sages*. Los nuestros son temibles.» (Carta de 25 de marzo de 1900.) Los doce años a que Unamuno se refiere sitúan el comienzo de su obra en 1888, en sus años, bilbaínos, cuando preparaba sus opo-

siciones a materias bien diferentes por cierto. La segunda mención forma parte de una extensa carta dedicada a temas lingüísticos, cuyo dominio exhibe complacido ante el implacable *Clarín*. «Pero todo eso es materia larguísima, no siendo cosa de que me extienda aquí indefinidamente sobre un asunto que creo me es familiar y que podría ilustrar con copiosísimos datos, sin más que ir a los cuadernos de mi *Vida del romance castellano*. Hay que barrer de las cuestiones de lengua la concepción del pacto social que en ellas aun domina. De aquí mi horror al gramaticismo, cuya utilidad es innegable. Pero lo aborrezco porque es la lógica abstracta oprimiendo al idioma, exigiéndole, v. gr., sintaxis *gramatical*, que es falsa casi siempre.» Y más adelante: «La diversidad de individuos es, pues, la causa íntima de la evolución del lenguaje; un hombre que viviese mil años es lo probable que acabaría hablando poco más o menos como empezó. Esta es una de las tesis que en mi obra, si llego a escribirla, desarrollaré.» (Carta de 3 de abril de 1900.)

Por aquellos días, el 14 de mayo exactamente, escribe a Ruiz Contreras, a quien hace partícipe de su quehacer, infatigable en estos términos: «Desde que dí mis *Tres ensayos*, me acometió cierto abandono. Estoy en barbecho. Si me interesa el éxito es para tantear mi público y ponerme inmediatamente a idear otra cosa. Mi propósito es ir dando «de seguido» cuanto al principio de mi folleto anuncio (*Veintisiete poesías, El alma castellana, Paisajes y Nuevos ensayos*), sin volver la vista atrás y seguir trabajando. A las obras anunciadas allí seguirán: *En el campo* (novela), mi *Vida del romance castellano* y unos *Diálogos filosóficos*.» (Carta de 14 mayo 1900.)

Si interesante es el reiterado mencionar de este trabajo suyo, emprendido en los años juveniles y al que van a parar las notas de sus lecturas y las voces vivas que recogió en los campos salmantinos, y por ello me he detenido en insertar estos pasajes en los que el propio don Miguel nos habla, falta aún que nos refiramos a los que estimamos más interesantes. Por la calidad de su destinatario, que es el propio Menéndez Pidal. Un año después de haberle conocido, con ocasión de aquellas oposiciones a la cátedra de Filología románica de la Universidad de Madrid, le escribe don Ramón—en el otoño de 1900—rogándole que consulte el códice

del Fuero de Salamanca, que se guarda en la Casa Consistorial, del que le interesa tener copia de un pasaje determinado y de algunas palabras interesantes del mismo. Don Miguel le contesta con una cariñosa carta, a la que pertenece este párrafo: «También he de necesitar su ayuda, concurso y consejo, cuando me ponga a dar forma a los materiales que tengo para una *Vida del romance castellano: Ensayo de biología lingüística*, obra de vulgarización, cuyo sentido y plan le explicaré. Por todo lo cual, cuando vaya a ésa será la de usted una de las compañías que de preferencia busque.» (Carta de 20 de diciembre de 1900.) «Y en la de 3 de octubre de 1903—escribe Menéndez Pidal—insistía, recordando las demostraciones evolucionistas de Huxley: «También yo proyecto una historia de la lengua castellana, pero con ciertas tendencias: como mostración del proceso general de un idioma, algo así como la obra de Huxley sobre el cangrejo, que es una introducción a la zoología general.» (*Cuadernos*, II, trabajo citado, p. 8.) «Después no me volvió a hablar de este proyecto—añade don Ramón—; quizá renunció totalmente a él, y de ello me lamentó más que nadie, pues aunque, por mi parte, sigo tenaz en el propósito, tampoco llevo trazas de realizarlo, no teniendo aún sino largos fragmentos y muchos borradores. El hubiera dicho mucho bueno, a pesar de su espíritu imaginativo, rebelde a todo método riguroso. Algo de lo que sería esa historia unamuniana lo vemos en las *Notas marginales* que, como recuerdo de nuestra amistad, publicó en el tomo segundo del *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal* el año 1925.»

Creo que las menciones acumuladas en párrafos anteriores son suficientes, y poco pueden añadir otras que sería fácil espigar. Añádanse, si se quiere, las contenidas en sendas cartas de Unamuno a Bernardo G. Candamo y a Rubén Darío. Y es que este hombre entrañable y bueno, que quería ser querido, gozaba con comunicar a sus amigos los quehaceres a que se entregaba.

Y ahora veamos de qué se trata. Porque he logrado ver entre sus papeles lo que queda, no sé si lo que llegó a ser, esta *Vida del romance castellano*. Es un cuaderno de pastas negras, en cuarto mayor, de doscientas páginas, de las cuales están manuscritas las dos terceras partes. En la cubierta, un papel pegado a ella contiene el título, el que tantas veces hemos citado antes de aho-

1# de

ra: *Vida del romance castellano: Ensayo de biología lingüística*. En la portada interior, estos dos versos del *Prometeo encadenado*, del poeta inglés Shelley:

He gave the Man speech and speech created thought
Which is the measure of the Universe.

(Acto II, escena IV.)

y a continuación un título que difiere del de la cubierta exterior: *Historia de la lengua castellana. Ensayo de biología lingüística. Introducción a la Filología*. Esta tercera parte es la única que aparece elaborada y con un tipo de letra que por su semejanza con la del manuscrito de su tesis doctoral permite asentir a lo que le escribía a *Clarín* sobre la fecha inicial de este propósito (1888). Aunque también le hablaba de varios cuadernos, y no de uno, posiblemente otros más reducidos y manuales en los que iría anotando los resultados de sus lecturas y los ejemplos que ilustrasen su doctrina.

Ocupa esta introducción setenta y siete páginas, y el resto, hasta la ciento cuarenta, lo llenan una serie de ciento treinta y cinco notas numeradas y correlativas, aunque con numerosas remisiones a otras posteriores o anteriores. Debe advertirse que muchas de ellas no tienen correspondencia con el texto de la introducción. Suelen ser las más extensas, redactadas en un estilo que Unamuno llamó en otra ocasión «enigmático, elíptico, telegráfico, en que uno se habla a sí mismo; en esa forma protoplasmática, anterior a la diferenciación de prosa y verso en que formamos nuestras notas para uso personal («Alrededor del estilo», XVII [1924]). Algo embrionario, en fin, en que cada frase es en su brevedad todo un tema. Esta introducción, respondiendo a su carácter de tal, marca un propósito y señala los fines. «En el presente trabajo—escribe don Miguel—se persiguen tres fines en un solo fin, es decir, tres fines compenetrados, es, a saber: 1.º Un estudio del lenguaje en que está escrito el *Poema del Cid*. 2.º Un estudio de los orígenes del romance castellano, tal como en el *Poema del Cid* se nos muestra. 3.º El proceso de formación de un idioma.» Compenetrar los tres fines de manera que nuestra labor no se pierda ni en fatigosa inquisición de minucias etimológicas y gra-

matiquerías, para servirnos de la expresión del autor del *Diálogo de la lengua*, ni, por otra parte, se diluya en generalizaciones sin consistencia, ha de ser nuestro constante esfuerzo.»

Para el estudio del lenguaje cidiانو declara haber utilizado la edición crítica de Vollmöller, publicada en Halle, en 1879, habiendo tenido a la vista también las de don Tomás Antonio Sánchez y la de don Florencio Janer en la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra. «Al autor le ha sido imposible consultar—declara—el código original.» Perfilan esta declaración de propósitos estas otras aseveraciones: «Dejando de lado las disquisiciones a que se presta la exégesis crítica del texto del *Poema*, nos proponemos hacer en este libro una labor lingüística y no filológica. Si la Lingüística ha de tener un fin propio y sustantivo—aquí aparece la justificación del título elegido—y ser algo más que mero pasatiempo, tiene que ser un capítulo de la biología general, y si la etimología ha de ser algo útil y no vana distracción de eruditos o pueril curiosidad, tiene que ser un medio para explicar, por la evolución del lenguaje, la del pensamiento, sin olvidar por eso que siendo la lengua un instrumento, no puede olvidarse el fin práctico de mejor conocerla para mejor manejarla.» Y en cuanto al método lo puntualiza así: «Si nuestro trabajo versara sobre el proceso entero de un idioma, emplearíamos el método inductivo, reuniendo, clasificando y comparando los hechos para extraer sus leyes; pero como versa sobre un momento de nuestra lengua, tiene que ser deductivo, porque no son suficientes los datos para una segura inducción.»

El plan propuesto estaba concebido en tres partes: la Fonética, en que confiesa haber aprovechado los resultados de la fonética fisiológica o *Lautphysiologie*, seguramente a través de las obras de E. Sievers *Grundzüge der Lautphysiologie*, publicada en 1876, y *Grundzüge der Phonetik*, mencionadas en una de sus cartas a Clarín, y de las más recientes aportaciones del abate Rousselot, también citado por Unamuno. La Morfología, casi seguramente teniendo en cuenta las gramáticas románicas de Federico Diez y de Meyer-Lübke, y el Glosario. A éste le llama «archivo de pruebas empíricas e históricas de nuestros asertos», y le asigna la función de documentar y comprobar los datos aducidos en las dos partes anteriores.

Lo que en este cuaderno se nos conserva es apenas una parte mínima de un plan más vasto. Aunque carece de epígrafes, es tarea fácil ordenar su contenido, que responde a estos temas, después de una sumaria exposición sobre el *Poema del Cid*: orígenes del romance castellano, la romanización, los visigodos, la invasión árabe y los albores de la España cristiana hasta el siglo XII, en que se redacta aquél. Una sucinta historia de la lengua castellana, hasta la que el autor llama «su acabada autonomía» frente al latín vulgar.

La declaración que del carácter más bien didáctico que crítico de estas páginas, la puntualización del «fin, método y condiciones científicas de este trabajo», y el tino y la súplica contenida en los últimos pasajes, de que se establezca oficialmente en España el estudio histórico-comparativo, es decir, rigurosamente científico, de nuestra lengua, ya que «un doctor en Letras —escribe— llega a alcanzar su grado habiendo aprobado oficialmente latín, francés, griego, árabe o hebreo y aun sánscrito, y sin más conocimiento casi siempre de la propia lengua, adquiridos oficialmente, que la gramática preceptiva y empírica de la escuela de primeras letras», me han movido a suponer si tal introducción no sería utilizada en la preparación de las oposiciones a la cátedra de Filología románica que luego no realizó. Un pasaje más sirve de apoyo a esta fecha de 1899, y es este: «Es vergonzoso que nuestra Facultad de Letras no tenga algún curso de filología castellana, ya que no románica, y que este estudio esté reducido a la Escuela de Diplomática.» Precisamente el Real Decreto de 20 de julio de 1900, que al reorganizar dichas Facultades, establecía el estudio de la Filología comparada del latín y el castellano, suprimió la Escuela Superior de Diplomática, refundiendo sus enseñanzas en las Facultades de Filosofía y Letras.

En cuanto a las notas, ya advertí que muchas de ellas no guardan relación con la introducción de este trabajo, y que parecen apuntes para ser desarrollados aparte. Las de este tipo suelen ir precedidas de la indicación «suelto» y muchas veces remiten a otras. Uno de los temas más comentados en ellas es el de la analogía, antecedida en la primera que le dedica de una mención de Guillermo de Humboldt y de la que éste llamaba *die innere sprachform*. Unamuno la considera como importante factor en la evolu-

10

ción lingüística, tanto en la morfología como en el léxico, y muchas veces se refiere a su acción, concibiéndola como un resultado de la ley de adaptación o, más comúnmente, como la encargada de reparar las pérdidas causadas por la que llama «combustión fonética de la lengua». En algunas ocasiones asimila a esta acción analógica ciertos casos de cruce de vocablos o de «contaminación», como él dice, y es en el léxico donde más le interesa analizar aquella, a la que, en líneas generales, considera como un fruto de la reacción frente al positivismo, en la que se concede mayor importancia o, por lo menos, son consideradas con más atención estas actividades creadoras de la lengua, que superan el rigorismo fonético exclusivo.

Otro de los aspectos del lenguaje a que se refieren las notas es la metátesis, signo también de creación lingüística, para el que se atiende preferentemente a la doctrina de Herman Paul en sus *Prinzipien der Sprachgeschichte*, de cuyo libro cita y aun transcribe, si bien dejando á veces frases enteras en alemán, no pocos párrafos. Sería interesante, pero no es el momento de hacerlo, ordenar una relación de las obras y autores citados y compulsarla con una lista autógrafa que figura en las guardas finales del cuaderno.

Si debo referirme, en cambio, a otro aspecto de estas notas. El que nos revela ser fruto en muchas ocasiones de inquisiciones directas del autor, utilizando ejemplos recogidos del habla salmantina en sus andanzas por la región, o de información directa de sus amigos y conocidos, u observaciones del lenguaje infantil de sus propios hijos, o notas de lectura. Así, por ejemplo, en una de ellas se refiere a la palabra «regüetrar», a la que sigue esta mención: «en el pueblo de Esteban Jiménez», nombre de un catedrático de la Facultad de Derecho, coetáneo suyo, nacido en El Tejado, forma que acerca a la de «regoldar» a su etimología, y que le sirve como ejemplo para su teoría de que las formas populares actúan como guías en la pesquisición etimológica. En otra ocasión, refiriéndose a las derivaciones neológicas en ciertos escritores, dice: «Doña Emilia «docilitar»; yo, «ennegrecer», «rozagancia», etc.

Un lector atento de Unamuno, y con esto termino esta parte de mi discurso, descubrirá que muchas de estas notas le resultan cosa conocida. Y así es, porque no pocas de ellas pasaron luego a sus escritos de estos años. Me limitaré a citar, a manera de ejemplo,

una extensa nota titulada «Diferenciación dialectal», en la que se ordenan las numerosas variantes de las palabras «murciélagos» y «enebro», recogidas por él mismo en la comarca salmantina de la ribera del Duero, y que puede leerse en alguno de sus ensayos.

La cátedra.

Desde el año 1900 es Unamuno profesor de Filología comparada del latín y el castellano, y en ese curso se inicia su labor docente de lengua española en esta Universidad de Salamanca. A ella se entrega con la preparación que acreditan sus anteriores quehaceres, excepcional en aquellos tiempos, y, sobre todo, haciendo uso de sus envidiables dotes personales de maestro. De lo que esta tarea fuera en los treinta años que la ejerció—prescindiendo de los seis años de destierro—nos han informado algunos de sus discípulos, y de la puntualidad con que cumplió su menester docente hay el testimonio vivo de cuantos le conocieron y el escrito de alguno de sus compañeros de Facultad. No voy a recogerlos ahora y me limitaré a mencionar algunas pruebas de lo que digo. Uno de los primeros alumnos suyos debió de ser el ya citado ledesmino Casimiro González Trilla, a quien ya dijimos que proveyó de una carta de presentación para su antiguo maestro Sánchez Moguel, y aunque por marchar a vivir a la Argentina no perdurase su entrega a quehaceres académicos, sabemos que hizo su tesis doctoral, seguramente por indicación del propio Unamuno, sobre el Fuero de Ledesma, que hasta más de diez años después no fué editado críticamente, junto con los de Zamora, Salamanca y Alba de Tormes, por el Centro de Estudios Históricos, cuidando de la edición Américo Castro. Poco tiempo después, frecuentó la clase de don Miguel otro salmantino, Federico de Onís, que en 1906 publicó también su tesis doctoral sobre algunos documentos salmantinos de los XII al XIV, del archivo de la catedral de Salamanca, a cuya cuidadosa edición acompaña un estudio de sus rasgos lingüísticos. Onís marchó a estudiar a Madrid, junto a Menéndez Pidal; obtuvo una cátedra universitaria de Lengua y Literatura españolas en 1911 y mantuvo una copiosa relación epistolar con su maestro salmantino. En el discurso que, ya catedrático de la Universidad

Siglos

19

de Oviedo, pronunció sobre el problema de la universidad española, se ocupa certeramente del magisterio de don Miguel, y no es éste el único, aunque sí el primero, de los escritos que le dedicó. Fueron también alumnos suyos, y en un mismo curso, Miguel Artigas, Antonio García Boiza, fray Albino Menéndez Reigada, actual obispo de Córdoba, y creo que Enrique Sánchez Reyes. Y un poco posteriores, Francisco Maldonado y Emilio Alarcos, que años más tarde lograban también sendas cátedras universitarias de Lengua y Literatura españolas. Heredó aquél de su padre la gran amistad que a ambos unió con don Miguel, quien les prologó sendos libros, y a él le debemos páginas muy certeras sobre su maestro. Y para dar cima a esta relación, que no pretende ser exhaustiva, quiero citar el nombre de otro salmantino, tempranamente fallecido, que en la clase de don Miguel inició su conocimiento de la lengua española, y que también fué luego uno de los más íntimos colaboradores de Menéndez Pidal. Me refiero a Pedro Sánchez Sevilla, cuya tesis doctoral sobre el habla de Cespedosa de Tormes, comarca salmantina fronteriza con la provincia de Avila, fué publicada con todos los honores por la *Revista de Filología Española*, a título de póstumo homenaje.

Estos nombres creo que pregonan la singular tarea docente de don Miguel, de quien también yo recibí enseñanza hace ya treinta años. Y gracias a él creo que todos los que luego fuimos a doctorarnos a Madrid llevamos una preparación que nos fué de extraordinaria utilidad. Cuando yo frecuenté su clase de Historia de la lengua castellana, nueva denominación que los tiempos trajeron a la primitiva disciplina establecida en los albores de este siglo, recibí una impresión imborrable y la incitación espontánea a los estudios lingüísticos. Utilizaba don Miguel en ella el *Manual de Gramática Histórica*, de Menéndez Pidal, que él mismo nos leía, poniéndole comentarios e ilustrándolo con nuevos ejemplos, y tan pronto acababa esta tarea, que solía ser a mediados de enero, comenzábamos a leer textos castellanos medievales, con preferencia el *Poema del Cid*. Y eran tales lecturas nueva ocasión para el despliegue de las constantes inquietudes unamunianas en torno a la lengua. Además del vocabulario cídiano de don Ramón, se utilizaban en ellas los diccionarios románicos de Diez, el de Körting, cuyas deficiencias en su parte hispánica comunicó en una

ocasión a Menéndez Pidal, y éste asentía, y a partir de 1912, el de Meyer-Lübke, aparecido un año antes, y cuyo propio ejemplar solía llevar a clase don Miguel. Antes de terminar el curso leíamos y comentábamos, guiados por él, textos judeo-españoles, gallegos, catalanes, franceses, italianos y portugueses. Y había que oír cómo los iba leyendo Unamuno antes de que entrásemos en su análisis filológico. Cuando, en 1935, recordaba él a su maestro Menéndez Pelayo y las lecturas que éste les hacía en clase, ponderando las excelentes dotes de lector de aquél, se despertó en mi recuerdo el de la propia experiencia unamuniana. «Y entonces comprendí —escribió Unamuno— algo que mi posterior experiencia docente me ha confirmado, y es que basta leer con sentido, entono y cariño un texto clásico, para, que quien lo oiga, se dé clara cuenta de todo su contenido artístico.» («Lectores de español», en el diario *Ahora*, 15-I-1935.)

Juzgando por la propia experiencia, creo que de la clase de lengua española de don Miguel salíamos con un conocimiento efectivo y directo, y lo que tal vez es más valioso, con un adquirido sentido de lo que las lenguas románicas son y representan. Esta práctica debió ser constante en él, y con ella venía a llenar otra laguna de los estudios oficiales, la de la falta de un curso de Lingüística románica en los de licenciatura, aunque ya existiese en el periodo del doctorado. Digo constante, o por lo menos, añeja, porque en una carta suya a Benedetto Croce—de 1911—le dice así: «Leí sus *Problemas de Estética* y he escrito unas notas a algunos de aquellos ensayos, que en cuanto las ponga en forma se las remitiré. Refiérense a la parte lingüística, pues acaso sepa usted que, además de mi oficio de rector de esta vieja Universidad, explico en ella lengua griega y filología comparada del latín y el castellano, que yo convierto en lingüística comparada de las lenguas romances o neolatinas. Este curso leímos más de la mitad del *Paradiso* y algo de la autobiografía de Cellini.» (Carta de 9-VI-1911.)

Esta labor docente de Unamuno estaba estrechamente vinculada a la de Menéndez Pidal, con quien ya dije que anudó una cordial amistad en 1900, al iniciarse, tras el conocimiento personal, su frecuente comunicación epistolar. En diciembre de 1903 recibe de él su *Manual de Gramática Histórica*, y le escribe en estos tér-

minos: «He recibido su *Manual*, lo he repasado y veo que es lo que yo necesitaba para mis alumnos y como base de mis explicaciones. Se lo recomiendo. Las observaciones que se me ocurran leyéndolo, se las comunicaré. Recuerdo leí no sé qué forma que usted decía se usa en Sanabria y es también corriente aquí. Tengo en mi poder el Fuero de Ledesma, de 1111, que voy a copiar y hacer que se publique. Es interesante. No bien lo abrí, vi *xamar* por «llamar» y cosas así.» Desde ese año debió de utilizar Unamuno en su clase el *Manual* de don Ramón, y la promesa de irle enviando sus propias observaciones fué fielmente cumplida. Lo acreditan las cartas de ambos, y de ello quedó constancia en las posteriores ediciones de dicha obra. Véase la advertencia del autor a la segunda, aparecida en 1905. Que suscitó nuevas observaciones unamunianas. En carta de Menéndez Pidal, el mismo año, le dice a Unamuno: «Le ruego no olvide las observaciones que me promete a la segunda edición del *Manual*. Mucho las estimaré.» (Carta de 3-XII-1905.) Y en una, muy extensa, de febrero de 1908, en la que discute algunas de aquéllas, se expresa en estos términos: «Hace unos días me entregaron su carta de usted, que fué para mí viva satisfacción, porque por ella veo que mi libro es aquí útil a alguien que se preocupa en corregir sus yerros, y porque ese alguien es usted. Aprovecharé sus indicaciones para una tercera edición, si hay lugar a ella.» Y más adelante: «Sólo me apena lo solo que se trabaja, en general. Ahora, únicamente, empiezo a tener algún discípulo. La burocracia mata la Universidad, y los pocos que en ella nos podíamos asociar, estamos dispersos.» (Carta de febrero 1908.) Esta auténtica colaboración de Unamuno con el fundador de la escuela española de filología, y no la única como veremos, culminó en el trabajo con el que Iconcurrió al homenaje que se le tributó en 1925. Se titula *Notas marginales*, y figura en el tomo segundo de dicha publicación. Fernando Huarte, en su tesis doctoral citada, lo considera como uno de sus más típicos escritos de indole filológica, en el que, partiendo de la concepción de Herman Paul sobre las leyes fonéticas y la analogía, pero no dándose por satisfecho con ella, perfila su postura personal, basada con la que llama su «herejía filológica», que es desdén por lo exclusivamente fonético, y acusa su escisión de la investigación positivista, frente a la que opone su propio método imaginativo. Para Unamuno, el rigorismo

fonético es una especie de concepción materialista de la Historia, y se complace en buscar lo vivo y cambiante de la creación lingüística individual.

En estas *Notas marginales* ha visto Menéndez Pidal algo de lo que sería la proyectada historia de la lengua que Unamuno no llegó a escribir y de cuyo proyecto le había hablado en algunas ocasiones. «La discusión de nuestras ideas discrepantes ahí manifestada—escribía éste en 1951—nos hubiera sido muy útil, aunque la discusión no podía ser larga. Con Unamuno el diálogo se convertía pronto en monólogo; no atendía al interlocutor; tal era la afluencia de su pensamiento. Así en esas *Notas marginales* se desentiende enteramente de lo que es la acción colectiva tradicional en el lenguaje. Sorprende que se moleste en hacer afirmaciones como ésta: «Creo que una buena parte de los vocablos populares son, en su origen, de creación individual.» No se comprende cómo en esas palabras deja él creer que otra buena parte de los vocablos populares puede ser invención de todo un pueblo, ni cómo, aunque contradice esa manera de ver, afirma que los cambios fonéticos son físicos, materialistas, deterministas. No escuchaba a su interlocutor; de ahí que no se fijó en lo que sobre el origen siempre individual de todos los cambios lingüísticos (incluso de los fonéticos), así como de todas las manifestaciones colectivas (poesía tradicional, costumbres, etc.), había yo dicho en la *Revista de Filología Española* en 1916 y 1917. (Se refiere a su estudio «Poesía popular y romancero».) Refiriéndose a este trabajo mio último, a pesar de que en él contradigo ampliamente la concepción romántica del *Volksgeist*, me escribía en 5 de mayo de 1920 razonando, es verdad, su invencible *diletantismo* y la imposibilidad de prestar atención debida al tema: «Me parece que en lo de la poesía popular discrepamos algo; yo cada día soy menos herderiano y creo menos en el *Volksgeist*.» («Recuerdos referentes a Unamuno», en *Cuadernos*, II, págs. 8 y 9.)

La relación epistolar con Menéndez Pidal sigue su curso, y no pocas veces la motivan las peticiones que Unamuno le hace sobre obras que puedan interesar a su menester docente. En 1902 le envía la nota bibliográfica detallada de la edición de la Biblia de Ferrara, texto capital para el estudio del judeo-español, y ocho más tarde, en 1910, utilizando una información de su discípulo

Onís, que prepara sus oposiciones en Madrid, le dice a don Ramón: «Federico me dice que Hanssen—supongo que el que estuvo en Chile—ha publicado una gramática histórica española. Deseo que me dé usted el título exacto y demás indicaciones bibliográficas para pedirla yo en seguida»; a lo que el destinatario replica inmediatamente. (Cartas de 3 y 9 de octubre de 1910.) Y a la carta de Unamuno pertenece este pasaje, que me parece esencial para darnos cuenta de cómo llevaba a cabo su ejemplar labor docente, y para explicarnos, también, su alejamiento de la pura investigación filológica, sobre lo que volveremos más adelante. Después de preguntar a Menéndez Pidal cuándo verá la luz el vocabulario del *Poema del Cid*, que le dice espera con ansia, añade: «Aunque en este campo apenas hago ya investigaciones directas, me gusta desempeñar mi clase con la mayor conciencia posible, y me doy por pagado si logro despertar afición en los muchachos y orientarles en el método científico. Con haber contribuido a que Federico Onís, v. gr., fuese a usted iniciado ya y con una cierta orientación, creo haber hecho bastante. Y por cierto que él me ha llamado la atención sobre algún que otro *lapsus* que en libros míos he cometido por meterme a etimologizar a roso y velloso.» Creo que el pasaje es un buen testimonio de ese enorme sentimiento de humanidad que es una de las trazas inconfundibles de Unamuno. Sentimiento que llegaba a interesarse por sus alumnos cuando ya estaban fuera de su órbita. La correspondencia con Menéndez Pidal nos brinda ejemplos de ello, y son varias las ocasiones en que se afana, en el caso de García Boiza, por ejemplo, porque pueda lograr una pensión de la Junta para Ampliación de Estudios. Y yo conservo una extensa carta suya en la que, a requerimiento mío, hizo un alto en sus ocupaciones para enviarme una valiosa información sobre varios temas de un cuestionario de oposiciones a cátedras.

Y esta labor diaria de la cátedra le permitió seguir cultivando, siquiera circunstancialmente, la investigación lingüística. En el verano de 1920 envía a la *Revista de Filología Española* un trabajo al que titula «Contribuciones a la etimología castellana». Don Ramón es informado de ello, y desde su retiro veraniego de San Rafael le escribe en estos términos: «Me escriben de Madrid que ha llegado allá un estudio de usted. Gran interés tengo en cono-

7

cerlo, y, por de pronto, mucho le agradezco (en lo que a mí toca) que dedique usted algo de su poderosa actividad a nuestros trabajos... y a nuestra Revista. Leeré sus «Contribuciones» cuando vaya a Madrid.» (Carta de 10-XII-1950.) A lo que don Miguel contesta: «Ordené, en efecto, unas notas que venia recogiendo sobre el sufijo -RRO (-arro, -orro, -orrio, -urro, etc.) y otras sobre el -OTA (alta) —que se publicó más adelante, en las mismas páginas, y suscitó una interesante colaboración del profesor Leo Spitzer—y las envié a la Revista. Y apenas las tengo que hacer alguna leve corrección y más leve adición. Van desnudas de todo aparato bibliográfico; pero ya me prevengo en ellas de no caer en descubrir mediterráneos. Lo más va, además, en forma interrogativa. Sólo muy recientemente me he metido algo más de ello en estas notas. La cátedra me lleva a ello. Pero este invencible *dilettantismo*... Aunque no me pesa de él, que si es mi flaqueza es también mi fortaleza. Lo que hace falta es pasión.»

Y para terminar este apartado de mi discurso, quiero recoger un testimonio, también autobiográfico, hecho público por el propio Unamuno en 1923, con ocasión de cumplirse los treinta y dos años de catedrático en la Universidad española. «Durante treinta y dos años—escribe—, curso a curso, con una asiduidad cual ningún otro—hale ayudado una salud felicísima—, ha estado estudiando con sus alumnos, con sus discípulos, Humanidades. Aprendiendo y enseñando que es la inteligencia, que es la razón lo que salva a los hombres y a los pueblos. ¡Treinta y dos años, Señor, luchando porque se respete el verbo sagrado de tu España, porque se le oiga! ¡Treinta y dos años conquistando con la palabra y para la palabra cielos, que no tierras! ¡Señor, Señor! ¡Tú, que creaste con la palabra, no con el brazo, el mundo, protege a la Inteligencia de España!» («A los treinta y dos años», en el diario *El Liberal*, de Madrid, 3-X-1923).

«Por eso no es mi vocación la ciencia.»

No fué sólo la actividad docente lo que une el nombre de Unamuno a la lengua española. Pero antes de ocuparnos de otros aspectos, conviene ahora que tratemos de puntualizar la posición

que adoptó frente a la pura investigación, aunque bien nos consta, y de ello hay pruebas concluyentes, que estaba excelentemente dotado para la empresa. No voy a referirme al declarado antigramaticismo unamuniano en los problemas lingüísticos, rastreable ya en sus primeros escritos, y paladinamente confesado en una carta de 1890 a su íntimo amigo Juan Arzadun: «¡Qué triste es la edad—le dice—en que nos entierran entre gerundios, pluscuamperfectos (todos le oímos decir muchas veces que era ésta, junto con *asignatura*, una de las palabras más feas de nuestra lengua), elipses, los novísimos Jeroboam, Salomón, David, etc. Gracias a que no hacemos caso de ello... Ve y di que se puede enseñar una lengua sin palabra de pretérito, ni de plusquam, ni de subjuntivo, ni de gerundio, y enseñarla más doctrinal, más científicamente que con gramática; caen sobre ti los maestros de escuela, verdugos de la niñez, sacos de gramática ramplona..., toda esa plaga, que con la mejor intención del mundo, están haciendo un daño irreparable.» (Carta de 18-XII,1890.) Y dos años más tarde, en 1892, sosteniendo esta postura en un Congreso pedagógico se produjo el revuelo que es de imaginar, según él mismo escribió muchos años más tarde: «¡El escándalo que produjo en algunos pedagogos y eruditos—escribe—el que sostuviese yo la urgencia de suprimir de las escuelas primarias el estudio de la gramática, para estudiar la lengua! Pero hoy, ¡gracias a Dios!, hasta en nuestra lenta España se empieza a comprender esa verdad de buen sentido propio. No digo de sentido común, porque éste es, entre nosotros, lo más absurdo y ramplón que puede ser. Como que no es sino la incompreensión de la paradoja.» (Mis parádojas de antaño», en el semanario *Nuevo Mundo*, 25-VIII-1915.) Quien desee mayor información sobre el tema, la hallará cumplida en la tesis doctoral ya citada de Fernando Huarte. Esta no es más que una faceta de una actitud más compleja de Unamuno. Que pudiera condensarse, si él no lo hubiera hecho ya, de mano maestra, en su famoso ensayo «Sobre la erudición y la crítica», que data de 1905 (*Ensayos*, VI, páginas 71-109).

A lo que quiero referirme, teniendo muy presentes aquellas palabras de Unamuno en las que se refería a su actividad de heleanista, voluntariamente soslayada, es a lo análogo de su postura en cuanto a la lengua española. Que comienza a perfilarse ha-

cia 1901. En octubre de ese año, y en carta a su amigo Jiménez Ilundáin, tras de referirse a sus circunstancias físicas y familiares, le dice: «Espiritualmente, entro en un período de calma navegación, dispuesto a llevar a cabo mis proyectos, *todos literarios*.» Y en diciembre de 1902 vuelve a escribirle: «Soy un sentidor. Me parece útil la ciencia positiva y creo que conviene adquirirla; pero como un medio. Y nada más. Medio, ¿para qué? No lo sé bien; tal vez para destruirlo. Si la ciencia positiva constituye el fondo de mi saber, grande o chico, mi saber no soy yo, ni soy un mero receptáculo de ese saber. Por debajo de ese saber, que, como todo saber es siempre pegadizo, por debajo de esa ciencia... estoy yo, yo, yo, yo, mi alma, mis anhelos, mis pasiones, mis amores. Ciencia, sí, ciencia; es inevitable. Pero quiero ser dueño y no esclavo de ella... El progreso es un mal necesario.» (Carta de 7-XII-1902.)

Pero si Unamuno desdeña la ciencia; sí, como hemos visto, no quiere ser llamado *sabio*, y al término *savant* prefiere el de *sage*, había razones íntimas y poderosas que le inclinaban a actuar en otro campo que el de la estricta especulación científica. Y ese campo era, como ya señalamos al referirnos a su decisión de no ser helenista, el de la vida nacional a la que era preciso galvanizar después del desastre del 98. Era el obligado y nobilísimo tributo de Unamuno a su generación. Por eso anuncia a sus amigos en cartas de estos años su propósito de recorrer el país predicando los que él llamaba sus sermones laicos, poniendo en carne viva el alma secular de España, echándole sal en sus heridas para despertarla. No tengo tiempo de detenerme en puntualizar estas claras alusiones epistolares, ni es necesario recordar cómo llevó a cabo este apostolado con su palabra y con su pluma. Hablen por nosotros sus escritos y sus conferencias de esta primera década del siglo.

Lo que sí quiero es recordar cómo se sintió satisfecho de la tarea emprendida, aunque aquélla le alejase del puro cultivo de la ciencia lingüística, que en el caso del español tenía además la incomparable ventaja de que iría proliferando, estando viva y presente en su obra literaria de entonces y de siempre, mientras servía con ejemplar constancia y capacidad la misión docente, que, en fin de cuentas, formaba parte de esas ansias de renovación de

la patria. Oigámosle. «¡Doce años de vida al parecer sosegada—escribía en 1912—y, en rigor, inquieta! Inquieta, y no diré desorientada, ¡no!; mejor será, acaso, decir accidentada. ¡Doce años de andar predicando con la palabra y con la pluma!» («Días de limpieza», en *La Nación*, de Buenos Aires, 24-I-1912.) «Creo, además, con Pascal—decía en 1914—, que es más hermoso saber algo de todo, que todo de algo. Por obstinarme en mantener una etimología equivocada, torcí de su significación usual y corriente una voz que sé muy bien lo que significa. Y al pensar en éstos y otros de mis errores, me acuerdo de aquella tremendamente profunda doctrina de Croce de que el error procede siempre de la voluntad. Como que el error se debe a pasión. Mas yo, por mi parte, prefiero errar con pasión a acertar sin ella, mejor calar en las tinieblas que luz entre hielo. Y por eso no es mi vocación la ciencia.» («Mea culpa, mea maxima culpa», en *Los Lunes de «El Imparcial»*, 13-IV-1914.) Y de este tiempo creo que procede una de las expresiones unamunianas que circulan acuñadas ya, como las monedas, con el riesgo también de su desgaste. La encuentro en uno de sus escritos de carácter autobiográfico de 1914: «Y creo poder decir al lector de cada uno de mis libros—escribía—lo que Walt Whitman decía de los suyos: «No estás tocando un libro; estás tocando un hombre.» O cosa así, pues no he podido encontrar el texto original, y nó es cosa de que difiera el escribir estas líneas hasta haberlo encontrado. He puesto en cada uno de mis escritos el alma de que vivía al escribirlo. Y no he escrito nunca—¡loado sea Dios por ello!—ningún libro de texto ni eso que se llama libro de consulta. No, no quiero ser fuera de mi cátedra un catedrático, sino un hombre. Y como nada nuevo tengo que decir en las disciplinas que oficialmente explico, no quiero rebajarme a la degradación de ser autor de un libro de texto.» («Qué libro mío prefiero», en *El Día Gráfico*, de Barcelona, 17-XI-1914.)

Pero si Unamuno desdeña la ciencia, una vez conocida, no se piense que ese desdén es exclusivista o arbitrario. Aunque acuda al ejemplo de sí mismo, según le enseñara en su juventud Antonio de Trueba. Y por eso proclama reiteradamente, ya en sus años mozos, su preferencia por las obras de propia minerva en las que campea la imaginación y el sentimiento. *Clarín* se dió cuenta de ello y en la reseña que dedicó al libro *Tres ensayos*, en mayo de 1900,

la que tanto dolió a su autor y fué motivo de una de sus cartas más características y extraordinarias, proclama su disparidad con este punto de vista unamuniano. «Unamuno, profesor de lengua y literatura griegas en Salamanca—escribe—, es un notable polígrafo, lo cual no le impide ser especialista en algunas ciencias. Pero no hay que llamarle sabio, porque se le molesta. El prefiere las obras de imaginación y sentimiento, por motivos muy filosóficos y largos de explicar, que justamente son el principal asunto de estos *ensayos* que ahora publica. Nos anuncia que va a publicar hasta versos—27 poesías según leo—y, desde luego, advierte que da más importancia a estas composiciones que a sus trabajos de lingüística, obra de largos y felicísimos estudios, como yo sé de buena tinta y por varias pruebas experimentales. Para *enfadarse* (?), como relativamente se enfada con varios amigos *oficiosos*, entre los que me cuento, que le animan a proseguir cultivando con ahinco la *alta*, o mejor, profunda filología, no tiene razón Unamuno, aunque él crea apoyarse en sus teorías sobre el valor deleznable de las ideas, del estudio y cosas por el estilo. Hay que distinguir. Suponiendo, por un momento nada más, que es verdad cuanto expone al caso en sus ensayos *¡Adentro!* y *La ideocracia*, con esto queda probado que en el trabajo del *sabio*—¡pero si lo es!—catedrático valgan más los versos, las novelas, los cuentos, etc., que las investigaciones científicas.» («Revista literaria», *Los lunes de El Imparcial*, Madrid, 7-V-1900.) La fecha en que estas palabras fueron escritas, cuando Unamuno sólo había publicado, aparte de sus primeros ensayos, la novela *Paz en la guerra*, parecen autorizar el juicio del crítico asturiano. Pero siempre ha de ser tenida en cuenta la legítima predilección de todo autor por su obra literaria, la de creación, poniéndola por encima de su labor científica, ya de erudición. El mismo nos lo corrobora.

En 1901, cuando son ya numerosos sus desdenes y censuras públicas contra la Real Academia de la Lengua, es elegido miembro de ella Menéndez Pidal, y la carta en que le felicita por ello contiene pasajes como éste: «Apenas leí la noticia, me dije: Gracias a Dios que ha entrado ahí un verdadero lingüista, no un literato ni un aficionado a la filología, sino uno que pueda hacer que desaparezca del desgraciado Diccionario oficial esa parte etimológica que constituye una vergüenza. He aquí, a mi juicio, una

de sus principales tareas... Con todo lo cual quiero decirle que estimo adquiere usted un nuevo deber, además del de su cátedra. De su amor al trabajo, de su entusiasmo casi místico (doy a esta palabra su sentido preciso) por la investigación espero mucho. No olvido lo poco que hablamos, y tan no lo olvido que eco de sus palabras verá en un ensayo acerca de la Religión de la ciencia que en breve publicaré y le dedicaré. No soy en rigor un especialista, sino más bien un literato que en especialidades se apoya, y un predicador ante todo, pero en sus palabras vi mucho que he pensado.» (Carta de 19-III-1901.) Mucho debieron de halagar a Menéndez Pidal las palabras de Unamuno, a quien contesta en estos términos: «La felicitación de usted es la que más me satisface, no sólo por asegurarme de nuevo el cariño de persona con quien tanto simpatizo, sino por el aliento que me da para el trabajo en el nuevo puesto en que me veo colocado. Mucho se promete usted de mí entrada en la Academia; ojalá sirva allí de algo; a lo menos no ingreso por la vanidad de ostentar un título más o menos honroso, sino con el mejor deseo de arrimar el hombro en labor colectiva y anónima.» Y en cuanto al prometido ensayo sobre la Religión de la ciencia, juzga que sus ideas «serán muy provechosas a nuestro personal científico, tan pobre de entusiasmo y tan flojo de arranque. Falta hace—concluye—quien con autoridad científica y calor apostólico a la vez predique aquí la buena nueva». (Carta de 19-IV-1901.) Y años más adelante, decidido ya el camino de Unamuno, le dice a Federico de Onís, en una carta pocos meses anterior a aquellas manifestaciones antes leídas en que abomina de ser autor de libros de texto. Después de celebrar la aparición de la *Revista de Filología Española*, al llegar al capítulo de los encargos y saludos, escribe: «A Menéndez Pidal..., a éste no le digas nada, pues hay que no distraer a los que trabajan, y él tiene que trabajar por muchos, y Dios le dé salud y ánimo.» (Carta de 16-V-1914.)

Dos años más tarde, en 1916, y en otro escrito nutrido de recuerdos personales, pueden leerse estas palabras: «Y no es que yo crea que España esté hoy enferma de mucha gravedad, ni menos que necesite de medicinas. Cuantas menos, mejor. Creo, por el contrario, que va convaleciendo y restableciéndose rápidamente, lo que se verá bien luego que esta guerra europea termine. Pero

algún tratamiento exige, y no precisamente el de la mera y exclusiva investigación. Muchos de esos investigadores deberían estar en la política activa. Donde también se investiga. Ya sé que no todas las investigaciones son así (se refiere a las cervantinas) y que parece que empieza a soplar por aquí un cierto vientecillo filosófico que empieza a interesar el estudio serio de los grandes y eternos problemas de la conciencia. Ayer mismo asistí a una conferencia sobre filosofía de una serie tendiente a mostrar la diferencia entre la psicología y la lógica, que las da José Ortega y Gasset, y levanta el ánimo ver la cantidad y la calidad de los oyentes. Son ya muchos—concluye—los que se van percatando que todo eso de la investigación y la erudición y la técnica y el especialismo sin filosofía, sin verdadera filosofía, no sirve para nada. Y acabarán por comprender que la filosofía misma se aprende en la vida y en la acción.» («La evolución del Ateneo de Madrid», en *La Nación*, de Buenos Aires, 24-I-1916.)

Dialectalismos salmantinos.

No es aventurado suponer que el haber fijado Unamuno su residencia en Salamanca fomentó su curiosidad por las actividades lingüísticas que iba a profesar diez años más tarde en su Universidad. Y el habla de esta región, en la que lo dialectal de cuño leonés perdura aún en su vocabulario, fué tema de sus inquisiciones. Lo hemos visto en las notas de su frustrada *Vida del romance castellano*, y ahí está, inconcuso y palpable, el testimonio de su propia obra literaria. Hace ya algunos años que abordé someramente el tema de Unamuno y el lenguaje salmantino (en *El Español*, Madrid, núm. 87, 25-VI-1944), y entonces señalé cómo se entregó a recorrer, no pocas veces a pie, esta comarca, recogiendo un nutrido caudal de términos y locuciones arcaicas, cuyo sentido se complacía en desentrañar, incorporándolos luego a sus escritos. Y varios años antes de que don José de Lamano publicase su *Dialecto vulgar salmantino*, muchas de las voces en él contenidas habían sorprendido el atento oído de don Miguel, que acucioso las anotaba, con la doble finalidad de utilizarlas para sus estudios lingüísticos y de incorporarlas a su propio estilo literario.

Pero si no quiso seguir aquel primer camino, en el surco que él abriera profundizaron luego sus discípulos. «Generoso de sus notas y enemigo de someterse a una rigurosa disciplina técnica—escribí en 1944—, prefiere que sean otros quienes estudien las modalidades lingüísticas de esta región, en la que al extenderse el castellano aún emergen ciertos rasgos que atestiguan el repliegue del leonés hacia Occidente.» Y dejando a un lado lo que pueden entrañar las tesis doctorales de alumnos suyos sobre dialectología salmantina, y su relación personal con escritores regionales como Luis Maldonado o José María Gabriel y Galán, si debo puntualizar el destino de esas notas. Y para ello acudo al propio testimonio de Menéndez Pidal.

«Trabajaba yo entonces mi *Gramática Histórica*—escribe en 1951—y mi estudio de los dialectos españoles, especialmente los del antiguo reino de León, y Unamuno me ayudaba generosamente en la consulta de algún manuscrito salmantino, o comunicándome publicaciones regionales (entre otras, *Las querellas del ciego de Robliza*, de Luis Maldonado) y sobre todo poniendo a mi disposición sus abundantes observaciones sobre el habla de allá. Me remitía una primera cosecha de estas observaciones, con carta de 14 de mayo de 1902: «Sólo una parte de las notas están trasladadas—y aun ello provisionalmente—a cuartillas (usadas); el resto, tal y como las cogía en mis viajes y paseos o en la calle: en sobres, en papelitos, con lápiz no pocas veces. Deseo que le sirvan. Habrá muchas repeticiones, habrá vocablos castellanos corrientes; no he ordenado nada. Cuando nos veamos le daré las aclaraciones que pueda, sobre todo de índole geográfica. Una gran parte son de la Ribera del Duero (Villarino, Pereña, Masueco, Aldeadavila, Vilvestre, Saucelle, Hinojosa, etc.).» El veía en el habla popular una fuente estilística viva, un estímulo de liberación frente a los modelos literarios, por él siempre respetados y para él admirables, pero nunca imitables.» («Recuerdos referentes a Unamuno», *Cuadernos*, II, pág. 6.)

Para la preparación de su estudio sobre el dialecto leonés, aparecido en 1906, se había dirigido Menéndez Pidal a Unamuno pidiéndole algún apunte sobre el habla salmantina, y este asunto de la aportación de las notas unamunianas reaparece frecuentemente en su correspondencia de estos años. «Los papeles sobre el

habla de ahí—le escribía en 1903—no sé cómo agradecerse los. Lo que he podido ver de un vistazo es interesantísimo; una carta he visto con noticias muy aprovechables. No me falta ver sino la lista abundantísima de voces que tiene usted en cuartillas uniformes, pero son tantas que no he hallado tiempo desde mi vuelta del veraneo.» (Carta de 14-I-1903.) Y en otra del mismo año: «Al fin le devuelvo sus papeles. Ya era tiempo. La única disculpa que tengo es la riqueza de esos apuntes; esquilmar las cuartillitas de 1.775 palabras que tiene usted aparte no es cosa de un momento. Cada vez se convence uno más que el Diccionario de la Academia no tiene ni un tercio de la *lengua hablada*. En una cuartilla que va metida dentro del cuaderno azul subrayo de encarnado *joimbre* (Villarino) «enebro», ¿está bien leído *joimbre*? He apuntado las formas *jimbre*, *jumbrio*, *juimbre*. Supongo que se acentuará *joimbre*. No sé cuando podré ordenar los muchos apuntes que tengo del habla del antiguo reino de León, para hacer sobre ella un estudio conjunto, comprendiendo desde Asturias a Extremadura. (El que apareció tres años más tarde, y que es esencial para la dialectología española.) Entonces, aprovechando los muchos apuntes que de usted he recibido, haría un viaje por esa provincia, que siempre tengo en pensamiento; sobre todo para ver si podía fijar los límites geográficos de la *f*— inicial y de la *h*— o *j*—. En sus papeles hallo una nota muy precisa e interesante: los de Villarino llaman a los de Fermoselle *jariegos*, y los de Fermoselle a los de Villarino *fariegos*. Supongo que en Fermoselle se dice *j*—, *jorno*, etc., y en Villarino *f*—, *forno*, etc. No sé si estoy equivocado.» (Carta de 26-IV-1903.) El envío de notas unamunianas prosiguió en este año y algunas de ellas se referían al habla del norte de la provincia de Cáceres. «Veo que en Casas de Millán—le escribe Menéndez Pidal—tienen lenguaje muy parecido a Serradilla. Esa comarca de Plasencia debe ser curiosísima. Mucho me interesan también los romances.» (Carta de 17-X-1903.) Y el proyectado viaje de aquél a Salamanca se llevó a cabo unos años más tarde, en 1910, no encontrándose Unamuno en Salamanca, y de alguno de sus resultados le informa en otra carta: «Mucho hubiera querido que durante mi estancia ahí hubiésemos hablado algo, ya que hace tanto tiempo que no tenía ese gusto, y que éste hubiese sido mayor siendo nues-

tras conversaciones dentro de esa ciudad que usted ha hecho su segunda patria. Mi viaje con Onís me resultó sumamente interesante. Hallamos viva, por ejemplo, la pronunciación del castellano literario en el siglo XVI (las consonantes perdidas en el castellano moderno), y esto es ya una novedad importante. Es preciso conocer las múltiples variedades dialectales que aún subsisten en España, y deslindarlas en el mapa para tener una idea del habla viviente que late debajo de la uniformidad literaria. Espero que aunque el trabajo es pesado y los que pueden dedicarse a él pocos, se podrá lograr hacer un mapa lingüístico de España en cuatro o cinco años. Esta es ahora mi preocupación. Onís, gracias a usted, está ya consagrado a estos trabajos y será uno de los colaboradores más importantes de esa obra.» (Carta de 9-X-1910.)

Me he demorado en estos pormenores epistolares no sólo por la calidad de quien los brinda, sino porque revelan la del trabajo llevado a cabo por Unamuno sobre el lenguaje salmantino, otra de las modalidades de su quehacer filológico. Y aquí creo que debe ser aducido un olvidado juicio extranjero sobre la escuela española de filología, que venturosamente rige aún la mano experta y segura de su creador. A ella pertenece Unamuno, y a las tareas del maestro indiscutible aportó sus propias investigaciones. Reseñando la versión inglesa de la *Introducción a la lingüística románica*, de la que es autor el filólogo rumano Iorgu Iordan, escribió hace años el argentino Angel Rosemblat, destacado discípulo de Amado Alonso: «Esas enconadas controversias no se produjeron en España porque la filología española, presidida desde la época de los neogramáticos [para los que mi colega Antonio Tovar propuso hace años el término «jóvenes gramáticos», que interpreta mejor el sentido de humor que hay en el mote] hasta hoy por la figura de Menéndez Pidal, mantuvo desde sus primeros días la conexión entre lengua y literatura, entre historia de la lengua e historia, y ha ido acogiendo, con un sentido progresivo y renovador, los intereses nuevos. Ni la geografía dialectal ni los estudios estilísticos han sido en España materia de heterodoxia. Y hasta la tendencia idealista se manifestó en los marcos de la escuela de Menéndez Pidal... Y es interesante señalar, por su significación en la cultura española, que representó también esta tendencia Miguel de Unamuno. En varios trabajos

filológicos (*Contribuciones a la etimología castellana* (1920), *Notas marginales* (1925) destaca la creación individual y el juego de la imaginación en la historia de las palabras, con una concepción esteticista del lenguaje, pero sin descartar de ningún modo el juego de las leyes fonéticas. Por lo demás, en sus mocedades filológicas estuvo bajo la influencia de Diez.» (*R. F. H.*, Buenos Aires, 1940, II, págs. 182-183.)

Otros escritos lingüísticos.

Precisada, creo, la posición de Unamuno en cuanto a la pura investigación lingüística, y habiéndonos referido anteriormente a sus escritos sobre el vascuence y sobre la lengua española, conviene que nos refiramos a los que dedicó al catalán y al español de América. El más antiguo de que tengo noticia, referente al primero, remonta a 1896, y lleva por título «Sobre el uso de la lengua catalana». Vió la luz en un diario de Barcelona y está encomiásticamente dedicado a *Clarín*, «el crítico más sugestivo de España». Fué motivado por el discurso de Guimerá sobre la lengua catalana, y la actitud unamunesca en este escrito es la que se deduce de este pasaje: «Todo castellano, y llamo aquí castellano al que piensa en la lengua de Castilla, todo castellano de espíritu abierto e inteligencia sesuda y franca, debe desear que los catalanes escriban en catalán, porque, produciéndose más como ellos son, nos darán más, y obligándonos a esfuerzos para entenderlos, nos arrancarán a las solicitudes de la pereza mental y del exclusivismo.» Y predicando con el ejemplo fué don Miguel uno de los buenos conocedores de las letras catalanas, doliéndose de lo poco que las conocen fuera de Cataluña y traduciendo algunas de las poesías de su gran amigo el poeta Maragall. «Si el castellano se empeñase en penetrar en el espíritu catalán y el catalán en el espíritu castellano, sin mantenerse a cierta distancia de mutuos prejuicios por mutuo desconocimiento íntimo, no poco ganarían uno y otro. El conocimiento íntimo de lo ajeno es el mejor medio de llegar a conocer lo propio. Quien sólo sabe su lengua—decía Goethe—, ni aun su lengua sabe.» Así escribía Unamuno a Ganivet después de aludir al artículo a que antes me referí (*El porvenir de España*, pág. 122). Pero claro está que el deseo expuesto en estas

palabras requiere una anulación de los mutuos aislamientos, de los recíprocos desdenes. La correspondencia con sus amigos catalanes nos lo revelan. Elijo de ella algunas cartas cruzadas con Pedro Corominas, al que en 1901 le aconseja que escriba en castellano, en estos términos: «Insisto en que debe usted escribir en castellano, o, mejor, en español, y en que lo hace usted bien. Piense en América. Allí no se cuidan de estrecheces casticistas, y quien diga algo puede cobrar público. Pero ha de decirlo en español... Escriba, pues, en español. Déjese del catalán. Es el mejor modo de servir al alma catalana que en sí lleva. A los vascos nos salva el que sea el vascuence incapaz de cultivo literario; así vertemos mejor nuestra alma.» (Carta de 6-V-1901.) Y en 1909 le insistía: «Quiero decirselo con todas sus letras: el que ustedes, los catalanes, escriban en catalán podrá no ser en la mayoría de los casos pedantería, pero el que hagan ustedes que sean otros los que les traduzcan al castellano, esto sí que es pedantería... Sigán el ejemplo de nosotros, los vascos, que no nos importa el que nos digan que escribimos mejor o peor el castellano... De su libro quiero decir algo a mi público sudamericano. Esperaré a que se publique en castellano. Las razones de esto son muchas, pero usted las adivina. Y, sobre todo, aquella gente a que me dirijo leen castellano, afortunadamente; pero, afortunadamente también (soy brutalmente leal con usted), no leen catalán. El castellano es lengua internacional.» (Carta de 24-VII-1909.)

El análisis de la actitud de Unamuno en el caso de la lengua catalana sería un estudio del mayor interés para el que ahora no tenemos tiempo y que evidentemente desbordaría el propósito de este discurso. Dicho estudio habría de hacerse utilizando los numerosos textos de sus escritos, su relación con escritores catalanes, su visita a Barcelona en 1906, de la que tan ampliamente informó en sus artículos y en sus cartas a Maragall; aquel proyecto que con éste trazó para la publicación de una revista titulada *Iberia*, que estaría escrita en castellano, catalán y portugués, y que aquél propuso que fuese editada en Salamanca; aquella reseña que con el título de «Diccionario diferencial catalán-castellano», dedicó en 1916 al de Rovira i Virgili, y cuantos materiales contribuyesen a perfilar la posición de nuestro autor en el ámbito estrictamente filológico de este problema. Véanse, por ejem-

plo, los que con el título de «Sobre la literatura catalana (1898-1934)», reuni en el primer volumen de mi colección de escritos unamunianos, titulada *De esto y de aquello*. (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1950; vol. I, págs. 461-562.) Ello nos revelaría cómo, pese a su gran deseo de suavizar asperezas, de predicar la comprensión mutua, no cedió un ápice en su idea de la unidad lingüística de España, más efectiva cuanto mayor fuese el respeto hacia una lengua y una literatura copiosamente cultivadas y efectivamente hablada. Pero, como ya señala Fernando Huarte en su tesis doctoral, «el problema del catalán está envuelto en una más importante cuestión de política separatista, a la que Unamuno era del todo opuesto», y dándole cabida también en ese insinuado estudio conjunto, habrían de ser aportados a él los discursos de don Miguel en las Cortes de la República Española, con ocasión de discutirse el proyecto de Constitución republicana y los Estatutos regionales.

Otro de los grandes temas lingüísticos cultivados por Unamuno fué el del español de América. Y muy tempranamente, por cierto. Su estudio sobre el *Martin Fierro* se remonta a 1894, y cinco años más tarde—a raíz del desastre del 98—en un diario de Buenos Aires aparece un escrito titulado «El pueblo que habla español», al que pertenecen estos pasajes: «Y aquí estamos el pueblo que habla español. Recluidos de nuevo a nuestra Península. Y ahora nos acordamos de nuestra raza. Nuestra unidad es o será la lengua, el viejo romance castellano convertido en la gran lengua española.» Y en una carta abierta a Rubén Darío, de 1899 también, le dice: «Tienen ante todo en América que hacerse su propia lengua, y tenemos todos que trabajar para que sobre el núcleo del viejo castellano se forme el idioma español, que aún no está hecho ni mucho menos.» En ambos pasajes aparece ya la concepción unamuniana de este problema, a la que se mantuvo fiel en sus escritos, muy numerosos y de toda índole. Porque predicando también con el ejemplo, fué un afanoso lector de la literatura hispanoamericana, a la que dedicó una sección de reseñas críticas en la revista *La Lectura*, de Madrid, desde 1901 a 1908. Todo ello, sin contar sus colaboraciones en la prensa americana, su amistad con escritores de aquel continente y la copiosa correspondencia que con los más representativos de su tiempo mantuvo. Pero es

otro tema de insospechada amplitud, que es imprescindible acometer un día. Hoy he de soslayarlo en sus dimensiones, para limitarme a una información acerca de sus perspectivas.

Una de las preocupaciones de Unamuno en este problema es la del porvenir de la lengua española en el continente americano. Ya en una carta al escritor catalán Pedro Corominas se refiere a una cuestión que dos años más tarde llevará a uno de sus escritos. «Todo aquello del idioma argentino—le dice—, los infundios del doctor Abeille... es pura filfa y ganas de hablar. Lo que saldrá de la comunicación literaria entre las repúblicas americanas y España es el español, del que es base el castellano. No debe olvidarse que de Méjico a Chile hay más diferencia que de cualquiera de ellos a España.» (Carta de 6-VI-1901.) Téngase en cuenta que el libro del francés Abeille, *El idioma nacional de los argentinos*, que tanta polvareda levantó en América, es de 1900, lo que nos probaría la vigilante atención de Unamuno en estas cuestiones. Pero aún hay más. Una de las características de tal libro, la que Menéndez Pidal ha llamado «una captatoria adulación del criollismo», no escapa a la agudeza de Unamuno, buen conocedor de la literatura gauchesca, y en 1903 hace publicar en una revista argentina una carta abierta a Adolfo Casabal, titulada «Sobre el criollismo», en la que se hace eco del libro de Ernesto Quesada *El problema del idioma nacional*, que es una protesta contra la tesis de Abeille, del estudio del francoargentino Paul Groussac sobre «El criollismo en la literatura argentina», y de la rectificación pesimista del propio filólogo colombiano Rufino José Cuervo, que ese mismo año revelaba su desaliento ante el temor de una casi segura fragmentación del español de América, a semejanza de lo ocurrido al desaparecer el Imperio romano con el latín vulgar. «Con más espacio y calma—escribía Unamuno a Casabal—desarrollaré en qué me aparto del parecer del sabio gramático don Rufino José Cuervo y los que como él piensan, y nada digo del doctor Abeille, porque la obra de éste me parece desprovista de todo serio valor científico. Le faltaba, entre otras cosas, conocer mejor el castellano que se habla en España, en el campo, y no sólo el de los periódicos y la clase media de las grandes ciudades.» El achaque volvió a darse años más adelante en la obra del filólogo alemán Rudolf Lenz sobre el español de Chile, cuya teoría

indigenista ha revisado hace pocos años el español Amado Alonso. Pero volvamos a Unamuno. Después de señalar cómo actualmente existe una relación más estrecha en los pueblos de lengua y cultura comunes, pese a su lejanía geográfica, lo mismo que entre las generaciones, separadas por el tiempo; después de aludir a la mayor frecuencia y efectividad de las relaciones mercantiles y de las comunicaciones de todo género; y de cómo la imprenta asegurará una auténtica relación entre los hablantes de español, formula estos juicios: «Lo afirmado basta para que se me entienda bien si afirmo que por mucho que se cumpla la diferenciación lingüística o dialectal de hoy en adelante, la integración irá a la par. No están hoy los pueblos de lengua española tan apartados unos de otros, que quepa en alguno de ellos diferenciación lingüística que no refluya inmediatamente en los demás. Por fuerte que pueda llegar a ser la tendencia a la diferenciación, la tendencia a la integración será mayor. Siempre predominará el interés supremo: el de que nos entendamos todos.» Y una vez salvada la unidad del idioma en América, aplica a éste el mismo criterio que mantuvo para con los hablantes del vasco, del catalán y del gallego, porque ahí radica, según Unamuno, la raíz de la cuestión: «La unidad hay que ponerla, a mi juicio—escribe—, en otro terreno, y es que los argentinos y todos los demás pueblos de alma española reivindiquen su derecho a influir en el progreso de la común lengua española tanto como los castellanos mismos; que no reconozcan en esto patronato alguno sobre la lengua común, como si se les debiera por fuero de heredad; que afirmen su manera de entender y sentir el idioma de Cervantes. Aquí está la raíz de la cuestión.»

Pero todas estas ideas que el autor nos ofrece como urdimbre de un estudio más detallado, no fueron ordenadas sistemáticamente, según hemos visto que era su norma. Y aquí reaparece la figura de Menéndez Pidal. Los que están familiarizados con estos estudios habrán podido observar la comunidad de puntos de vista de ambos maestros, y aun la de algunos de sus argumentos en este problema de la pronosticada y no cumplida desintegración del español de América. Léase, por ejemplo, la carta que Menéndez Pidal dirigió en diciembre de 1917 a dos profesores norteamericanos, publicada al año siguiente en la revista *Hispania*, y su dis-

curso «La unidad del idioma», de mayo de 1944. Pero es que también fueron estas cuestiones tema de su comunicación epistolar. En una carta de 1901, cuando Unamuno acaba de inaugurar la sección de crítica hispanoamericana en una revista madrileña, le escribe don Ramón: «Me alegro también mucho de que haya abierto usted en *La Lectura* una sección sobre literatura americana. Es revista que creo circulará en América, y es preciso, si nuestra raza representa aún algo, que allá y acá no vivamos aislados y que se oiga siempre allá la voz de la sana crítica española. Yo planeo una historia del castellano en América; no sé si llegaré a escribirla, pues ofrece dificultades muy serias.» (Carta de 19-IV-1901.) Y de otra de 1903 son estos pasajes. «Mejor hace usted en entenderse con los argentinos. Allí no hay tanta pasión, y la autoridad de usted puede hacer mucho bien. Comprenderán, creo, que un pueblo nuevo puede tener muchas iniciativas y bríos, como los Estados Unidos, estudiando y siguiendo a los autores ingleses más que a los americanos. El programa del *Columbia College*, de Nueva York, para 1901, contiene veintidós autores ingleses del siglo XIX, más de quince clásicos y sólo veinte autores americanos.» (Carta de 14-I-1903.) Mientras tanto, las colaboraciones de Unamuno en la prensa americana no sólo le labraban un prestigio, sino que encontraban eco por parte del maestro de la filología española, quien le escribía en 1908: «Me alegra, hablando de otra cosa, su tarea en *La Nación*, de Buenos Aires. Es bien necesario allá hacernos conocer y estimar, en lo que modesta o razonablemente debemos aspirar. Recibí una publicación de Chile que me muestra que allí prende ahora la semilla de Abeille. Me gustaría mucho conocer sus artículos de usted referentes a esta cuestión. ¡Si tuviese usted los números del periódico! Si no, le agradecería indicación de los días en que salieron. Tengo muy arraigado el proyecto de una historia de nuestra lengua, y reúno cuanto puede ser interesante para ella, por si el proyecto llega a realizarse antes que la vejez, que ya asoma, se apodere de mí.» (Carta de febrero de 1908.) La campaña en que por entonces se hallaba enfrascado Unamuno fué mantenida en dos escritos titulados «El idioma nacional» y «Más sobre el idioma nacional», y de ella informaba a Menéndez Pidal en estos términos: «Ahora estoy metido con los chilenos y con sus ridículos alardes—de algunos—de tener un idio-

ma nacional propio. ¡Qué cosas dicen! Mi tribuna es *La Nación*, de Buenos Aires, donde a mi modo españolizo y, sobre todo, procuro destruir ciertos aditamentos que allí iban anejos a lo español. Y eso me dolía como me duele el que casi todos los hispanistas extranjeros que conozco cojean del mismo pie, del izquierdo.» (Carta de 28-I-1908.)

A comienzos de 1916 la Junta para Ampliación de Estudios invitó a Unamuno para ir a la Argentina, donde daría un ciclo de conferencias en la Fundación española de Buenos Aires. Uno de los que más le instó al viaje fué Menéndez Pidal; pero don Miguel, que dos años antes había sido destituido del rectorado de esta Universidad, no quiso aceptar por propio decoro, ya que no quería pedir permiso a sus superiores jerárquicos. Y así se frustró una empresa de consecuencias imprevisibles, no sin el sentimiento del interesado, que había puesto su ilusión en ella. Sus escritos de aquellos años nos lo revelan.

Pero es el momento de volver a ocuparnos de los escritos de Unamuno sobre temas lingüísticos americanos. En la colección que he reunido para la edición argentina *De esto y de aquello* ocupan todo un volumen; pero sólo he de mencionar algunos de los que se refieren al aspecto que nos ocupa. Destaco uno sobre Sarmiento, cuyo lenguaje y estilo examina, juzgándole como el más castizo escritor de lengua castellana en el pasado siglo; otro, «Lengua y patria», aparecido en una revista norteamericana—en 1911—, en el que juzga a la sangre como el espíritu de la lengua, y a ésta como la principal raíz del patriotismo. A él pertenece este pasaje: «Por mi parte declaro que siento cada vez mayor fanatismo por la lengua en que hablo, escribo, pienso y siento. Soy español, locamente español; pero no me hiere ningún ataque dirigido a España cuando ha sido pensado y escrito en lengua española; sólo me duelen los dolosos ataques que en lengua extranjera se le dirigen y, sobre todo, los traducidos. Hablen mal de España mientras lo hagan en español. Y en español quiere decir en la lengua hispánica, hoy patrimonio de una veintena de naciones, y a cuya vida contribuyen todas sin monopolio de ninguna de ellas. Es la lengua que compartirá un día con la inglesa el predominio mundial. Y quién sabe... Quién sabe... digo. La simplicidad de su fonética, su misma pobreza de sonidos, le da una re-

sistencia y una fijeza grandes. Es muy difícil deformarla hasta hacerla ininteligible por muy mal que se la pronuncie, lo que no ocurre con el inglés... Esas sus cualidades intrínsecas, privativas, son las que han de darle a nuestra lengua sus principales ventajas en la lucha. Pero a ellas ha de ayudar nuestra comprensión de que van ligados a la lengua común los sendos patriotismos de las naciones de lengua hispánica.» (*Mercurio*, de Nueva Orleans, septiembre 1911.)

Unas cuantas ideas a las que Unamuno fué siempre fiel, informan su actuación en torno al español de América. Una de ellas, la de sentir la unidad de lengua como muy superior al concepto étnico de la comunidad de raza, y tantas veces como se ocupó de la celebración del 12 de octubre, la llamada Fiesta de la Raza, y lo hizo varias veces, reaparece este concepto, bien añejo en él, como ya sabemos. Otra es la de la perduración de un gran caudal de léxico español arcaico en las hablas de los países americanos. Son numerosas y variadas las ocasiones en que, ejerciendo su tarea de crítico de la literatura hispanoamericana, achaca a desconocimiento de lo que se habla en la Península por el pueblo de todos aquellos que estiman como peculiaridades regionales de aquel continente a muchos vocablos que también se oyen por estas tierras. En un escrito titulado «Cuervo y la Gramática», que data de 1919, y después de elogiar su obra clásica, las *Apuntaciones críticas del lenguaje bogotano*, ponderando sus dotes de sagacísimo escudriñador de idiotismos locales, cuyos antecedentes españoles precisó no pocas veces, se extraña de que haya formas como *supon* y *dijon*, perfectos analógicos, en tierras salmantinas, y escribe Unamuno: «¡Pues claro! ¿O es que se creía Cuervo que aquí, en Salamanca, es la Universidad la que enseña a hablar al pueblo?» Y al año siguiente, saliendo al paso de un rumor que difundió Gómez Carrillo sobre el habla de los argentinos, dice también: «En la Argentina se habla y escribe lo que allí llaman lengua nacional, que no es ni más ni menos que el español. Y saben perfectamente los argentinos doctos que casi todos los idiotismos y modismos allí populares son de origen español.» («Sobre el dialecto criollo argentino y otras cosas», en *El Liberal*, junio de 1920.)

Esta labor de vigilancia y difusión de lo que sea el español de América tuvo un magnífico complemento en ciertos estudios es-

tilísticos que Unamuno dedicó a no pocos escritores americanos, como el argentino Soto y Calvo, el colombiano José Asunción Silva, el mejicano Amado Nervo y el cubano José Martí. Y ello sin contar su amistad personal con Rubén Darío, o su comunicación epistolar con Rodó, Larreta, Ricardo Rojas, Manuel Ugarte, Ross Mújica, Alfonso Reyes, García Calderón y tantos otros. Creo que mejor que nadie puede informarnos de esta labor, sometida a las alternativas que su propia vastedad impone, lo que el propio don Miguel escribiera en su tribuna argentina de *La Nación* en 1919: «El que esto escribe—decía—tiene un patriotismo que se podría llamar lingüístico, mantenido y acendrado acaso por su función oficial de enseñar Historia de la lengua española.» Y saliendo al paso de los que puedan censurar el tono en que se expresa, les dice: «¿Que hay en este escrito un tono?... Si; el tono de un hombre que no es ya joven, que lleva cerca de treinta años trabajando a su manera por la comprensión, que es la única unión verdadera, mutua, de los pueblos de lengua española; de un hombre que, como Renán para el francés, hace votos porque se llegue hablando español al valle de Josafat, y que empieza a cansarse.» («La Fiesta de la Raza», en *La Nación*, nov. 1919.)

La obra literaria.

Si Unamuno, como hasta aquí hemos visto, logró una excelente preparación lingüística, si su labor docente e investigadora sitúan su figura por derecho propio en la escuela española de Filología, nos queda aún por considerar lo que la lengua española representa en su obra de escritor. En ella iba a dar salida a sus preocupaciones y a sus conocimientos lingüísticos, y a ella tendrán que acudir cuantos deseen estudiar las modalidades de su propio estilo. No sólo a cuanto escribió sobre temas específicamente lingüísticos, sino a las diversas actividades de su creación literaria, que en don Miguel fueron tan variadas como originales. Esta sería la parte más amplia y numerosa de una investigación a fondo y, naturalmente, sólo voy a esbozarla utilizando algunas afirmaciones suyas y considerando ciertas circunstancias que en su figura se nos presentan. La primera de ellas, la de ser vasco de nacimiento. Y no por que en su hogar se hablase, que ya sabemos que no, aunque

él lo aprendiese y estudiase. Sino por algo que él mismo dijo a su amigo Corominas en varias ocasiones. «A los vascos nos salva—le escribía en 1901—el que sea el vascuence incapaz de cultivo literario; así vertemos mejor nuestra alma.» Y ocho años más tarde—en 1909—, estas palabras: «Sigán el ejemplo de nosotros, los vascos, que no nos importa el que nos digan que escribimos mejor o peor el castellano.» Y a don Miguel se lo dijeron. Desde luego, es curioso comparar el estilo de su primera novela, *Paz en la guerra*, con otras obras posteriores suyas, para apreciar cómo luchó afanosamente, como todo escritor de raza, en busca de la propia e insobornable expresión. En este sentido, sus conocimientos lingüísticos, el sentido de la lengua, que es en él esencial, contribuyeron a la creación de esa originalidad expresiva. No hace muchos años que ví en un artículo una frase atribuída a Ortega y Gasset sobre el estilo de Unamuno, y que no he conseguido puntualizar. Parece ser que decía que don Miguel escribía un castellano «aprendido». Lo que no creo debe considerarse como desdoro en quien hizo de la enseñanza de la lengua española norma de su vida literaria. Y por otra parte sabemos, el propio Unamuno se lo escribió a Menéndez Pidal, cómo le preocupó desde muy temprano el labrarse una expresión enteramente personal. «Esta miserable lucha por la personalidad—le escribía en 1901—me está tal vez perjudicando; y luego viene mi batalla por la lengua, mi esfuerzo por hacerme una que, siendo más castellana, sea seca, precisa, rápida, sin tejido conjuntivo, sin las lañas y corchetes y hebillas que al castellano estropean; nada oratoria, caliente y de una sintaxis que no rompa el nexo de la espontánea asociación de ideas. Hay quien cree que descuido la forma, siendo una de las cosas de que me cuido más, sólo que mi cuidado es hacérmela propia de mi fondo.» (Carta de mayo de 1902.) Creo que esta confesión debe bastarnos. Y ya veremos cómo en las modalidades de su estilo influyen sus constantes inquietudes lingüísticas.

Ha sido el propio Menéndez Pidal quien nos ha señalado una de ellas en estos términos: «Unamuno, en esta primera época suya—ha escrito refiriéndose a la de los primeros años de este siglo—, decisiva en la constitución del propio estilo, unía siempre a la recolección de voces dialectales una preocupación literaria. El veía en el habla popular una fuente estilística viva.» (*Cuadernos*, II,

página 7.) También nos ha revelado cómo en sus notas de aquellos años tiene apuntados su asentimiento y sus reservas a la tendencia defendida por Unamuno de introducir en la lengua literaria los particularismos locales, pues si es deseable que el escritor se acerque al habla popular, donde late algo vivo disociado de la lengua culta, no es menos aconsejable que se asome a los cauces del pasado, que es algo brotado de tensión literaria. Este periodo de acusada influencia del habla popular en los escritos de Unamuno cree Menéndez Pidal que culmina en 1905, con la publicación de su *Vida de Don Quijote y Sancho*, que como es sabido contiene a su final un vocabulario de términos en ella empleados. Poco después este influjo pierde efectividad y cronológicamente coincide con el del envío a aquél de sus abundantes notas sobre el habla salmantina.

Creo que esta observación es muy cierta. Y nos la corrobora el propio don Miguel en un olvidado escrito—fechado en 1907—, donde se expresa así: «Llevado de mis estudios lingüísticos, dí yo en cierta época de mi actividad literaria en el prurito, rayano en manía, de preferir siempre el elemento popular y hasta en rebuscarlo en las más hondas capas del lenguaje hablado y en formas dialectales... Exponía y defendía yo en cierta ocasión este mi sistema delante de un doctísimo filólogo italiano y uno de los extranjeros que mejor conocen el castellano, cuando hubo de decirme: «Todo eso está muy bien, amigo mío; pero observe que con tal sistema lo que lograríamos es apartar a unos romances de otros, acentuando su diferencia respectiva, y hacer poco inteligible nuestro idioma. Yo no creo que sea un mérito de un escritor el que sea de difícil comprensión para los extranjeros... Cuanto más elemento erudito contiene un escritor español, francés o italiano, más fácil es para los que hablan un idioma latino.» He reflexionado después muchas veces en lo que mi amigo el filólogo italiano me dijo, y aunque no me he decidido a abandonar por completo mi sistema, reconozco la verdad de sus doctrinas.» («La cuestión del latín», en *La Nación*, 23-IX-1907.)

Utilizando exclusivamente textos del propio Unamuno, creo que debe ser recordado el prólogo de su novela *Amor y pedagogía*, que, aparte de ciertas observaciones valiosas, nos descubre esa constante interferencia entre su quehacer lingüístico y el litera-

rio: «Lo que sí hemos de hacer notar—escribe—es que después de las prédicas del autor por esas revistas y periódicos en pro de la reforma o revolución de la lengua castellana, escribe ésta lo más llana y lisamente posible, y si no la hace más castiza es porque no puede. Véase su preocupación por dar a cada vocablo un sentido bien determinado y concreto, huyendo de toda sinonimia, de hacer una lengua precisa, suene como sonare.» Este afán de precisión le sirvió, en ocasiones, para juegos ingeniosos de concepto y de expresión, dentro de una tradición literaria hispánica, a la que nos referiremos, o buscando una originalidad que hoy nos permite adscribir a la órbita unamuniana expresiones como *nivola*, *agonía* y otras, nacidas de su lucha con las palabras, según la llama el profesor norteamericano Wardropper; pero lucha consciente y responsable, es preciso añadir. (Véase su artículo «Unamuno's struggle with Words», en *Hispanic Review*, 1944, XII, 183 y siguientes.)

Este afán por el neologismo semántico, que no es más que una faceta de la gran pasión unamuniana por la creación lingüística, es constante en su obra. Y no pocas veces tiene también una base popular, afín a esta preferencia suya a que antes nos referimos. «Se me vinieron encima—escribe a *Clarín* en 1900—cuando propuse *yanqués* y *yanqueses* por *yanquis*, y es el caso que se la he oído a los charros, que adaptaron en seguida la voz, con certero instinto, por analogía con *inglés*, *francés*, *holandés*, etc.» (Carta de 3-IV-1900.) Y un escrito suyo de estos años se titula «Yanquesses». «Desde que oí en tierra de Avila *soterraño*—dice en la misma carta—, no pienso volver a escribir *subterráneo*, y quisiera tener valor para escribir *escudriño* por *escrutinio*. Pero esto es una manía, lo sé. Por huir de la que estimo pedantería clasicista, caigo en la pedantería filológica.»

Varios pasajes de las cartas que Unamuno cruzó con Jiménez Ilundain pueden descubrirnos la perduración de ciertas inquietudes suyas en cuanto a su obra literaria. Ya en 1906 le había dicho que «la labor de un escritor sólo se aprecia cuando ha concluido, esto es, en conjunto», y ahora, en 1913 y 1914, le hace estas confesiones: «Luego, pasados los sesenta, uno no hace sino plagiar a sí mismo y vivir de lo que hizo.» (Carta de 15-IV-1913.) «Dentro de diez años haré los sesenta, y para entonces me temo que no

escribiré ya sino vaciedades o habré entrado en el autoplagio, en la repetición. Después de los sesenta seré un jubilado espectador de la tragicomedia del mundo.» (Cartas de 4-VII y 30-IX-1914.) Esta conciencia de la obra hecha es pasajera, y es justamente a sus sesenta años, cuando corre la que él llamó su brava tormenta, la que le llevó al destierro, y la expresa en estos términos: «Hace veinticinco años—esto es, en 1893—soñaba yo en no sé cuantas empresas y fabulosos viajes de descubrimiento a las más remotas y escondidas tierras—o más bien cielos—del espíritu. ¿He cumplido algo de lo que entonces me propuse? ¿Quién lo sabe!... Los propósitos, como las nubes, van cambiando según ~~se~~ deshacen en lluvia, según se resuelven... Aun no ha empezado nuestra obra, nuestra obra no empieza nunca, porque siempre es otra nueva. Nada de lo hecho vale sino como materiales de lo que nos queda por hacer. El eterno ocaso es una eterna aurora.» («El último viaje de Ulises», en *Nuevo Mundo*, 26-IV-1918.) Y dos años más tarde se refiere a su estilo y lengua propios, escribiendo así: «Y pregunto, *more mauresco*, si está claro por qué mi hábito de hablar cuando escribo y de hablar en lengua viva y en sintaxis y estilo dinámicos, no mecánicos o gramaticales, ha hecho que los que leen, los que sólo leen con los ojos, me tachen de oscuro. Si me oyeran...» («Se presta al rico en defensa propia», en *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 11-IX-1920.) Los lectores de Unamuno recordarán, en relación con este pasaje, las varias ocasiones en que relata cómo a un amigo que le decía no entender un escrito suyo, se lo leyó él mismo, con lo que sus dudas se desvanecieron. «Si me oyeran...»

Y la fidelidad a ese estilo la proclama, exultante, en este pasaje suyo, escrito en 1924: «Su estilo, estoy seguro de ello, sería en su fondo, en sus huesos, el mismo de que hoy me valgo para desnudar mi pensamiento, no para revestirlo. Porque hombre que haya permanecido más fiel a sí mismo, más uno y más coherente que yo, difícilmente se encontrará en las letras españolas. A esa fidelidad y coherencia, a esa unidad central, a esa espesura de caudal me han servido las que los tontos que me motejan de paradojista llaman mis contradicciones, el juego de las antítesis y antinomias de todo pensamiento vivo.» («Mi primer artículo», en *El Noticiero Bilbaíno*, 8-I-1924.)

H. Se

Pero es forzoso abreviar, y escojo algunos pasajes de los últimos años de su vida, en los que la constante inquietud por la lengua en que escribe hacen nuevo acto de presencia. Diríamos más bien que no le abandonaron nunca. Habrá variaciones de matiz, alteraciones de tono, pero su presencia se mantiene viva. Lo mismo le ocurrió con aquellos escritos de tema exclusivamente lingüístico. A la época de los «escarceos», que, como vimos, llega hasta 1901, podríamos hacer seguir otra, que pudiera ser llamada, utilizando palabras suyas, la de los «juguetes etimológicos», y al final de su vida hacen acto de presencia los que él bautizó como «ensueños lingüísticos de madrugada», o simplemente «intermedios lingüísticos». Son los años de su asidua colaboración en los diarios madrileños *El Sol* y *Ahora*, en los que el viejo quehacer es sentido y visto en la perspectiva del recuerdo.

He aquí varios pasajes de un escrito de estos años, pensado a la luz indecisa del amanecer, cuando el yacente no ha recobrado aún la lucidez íntegra de su conciencia en ese duermevela tan propenso a la forja de proyectos: «Alentaba el alba—escribe—. Era entre el sueño y la vela, a la hora de dejar libre a la fantasía. La mano, la que escribía, dormida. «¿Lengua sin manos, cómo osas hablar?», dijo el del Cantar de mio Cid. Y mano sin lengua, ¿cómo osas obrar? Pero tenía que pensar en la tarea del día que se le abría, en el afán cotidiano. Cada día su afán. Su mano, al escribir, hablaba; hablaba con la pluma, a pulso y a sangre... Por su mente empezaban a revolotearle, a mariposearle palabras—¡palabras!—en libertad, que luego se le *mariposaban*, se le posaban, como a desovar. ¿Haría con ellas, con las palabras, un ensayo?, ¿un artículo?, ¿un suelto?, ¿un soneto?, ¿un epigrama?, ¿un cantar? ¿Qué haría con ellas?... Le revoloteaban, le mariposeaban por el magín palabras, *mariposándosele* algunas... Veníanle frases, palabras sueltas, en libertad, palabras puras. Y él, traspuesto, en ensueño de madrugada, se daba, casi inconscientemente—era el hábito profesional—al juego de las etimologías. Juego con el que no se juega impunemente. La etimología, en griego *étymos*, es la verdad. ¡Buscar la verdad en la palabra! ¿Y dónde, si no? En el principio fué el verbo, la palabra; y al fin quedará, si no el verbo, la palabra. Las cosas se van, quedan las palabras, sus almas. Y revolotean en torno de nuestro espíritu, ánimas en pena, buscando cosas, cuerpos en que

volver a encarnar.» («Ensueños lingüísticos de madrugada», reproducido en *Solidaridad Nacional*, Barcelona, 18-VIII-1946.)

Véase cómo los últimos escritos de Unamuno acusan su inextinguible sentido de la lengua. De ellos elijo algunos poco conocidos. En uno de 1931 se lee esto: «Así, junto a los rescoldos de los viejos recuerdos olvidados, se abriga uno con nombres, con nombres que son alma de las cosas. Y el comentador se refugia en esta lengua maravillosa en que por profesión se recrea; en esta lengua que remansó Cervantes y que batieron con sus arabescos Góngora y con sus grecas Quevedo.» («La seguida de los siglos», en *El Sol*, Madrid, 27-XII-1931.) Y en otro del año siguiente vuelve sobre su constante tarea, ya apuntada en sus años de juventud, la de hacerse una lengua propia: «Y a este último propósito —escribe—, alguno de vosotros me ha preguntado que si lo que más me propongo es hacer lengua y más buscar la expresión que lo expresado. ¡Pues claro!... Y así busco, por mis esfuerzos para expresarme, el que tú, lector, te esfuerces por expresarte, acaso en contradicción conmigo... Y hacernos lengua común es hacernos comunidad y comunión. Y trabajando uno en hacerse lengua para otros, se hace a sí mismo y se enriquece y acrece para enriquecer y acrecer a otros, a los que le oigan... ¿Y cuál mejor modo de ir haciendo y rehaciendo este nuestro bien común que es la lengua con que nos entendemos? Créeme que los que hagamos lengua haremos pensamiento y sentido comunes.» («En confidencia», en *El Sol*, Madrid, 9-X-1932.) A esta modalidad expresiva original e insobornable le había llamado Unamuno dialecto individual, y su concepto de ella puede verse en esta carta abierta dirigida a Gregorio Marañón, publicada en 1934: «El verdadero dialecto, o sea lengua de diálogo, de encuentro—y de contradicción—, es individual. Cada uno de nosotros, cuando no es un cacho de masedumbre, tiene su habla propia, que está creando y re-creando de continuo. Porque lo otro, el lenguaje de esos que hablan ortográficamente y que huyen de ciertas palabras corrientes como huyen de cortar el pescado con cuchillo de acero, eso ni lenguaje es. Aunque suene por bocina... No, lo que no es dialecto individual, de diálogo, ni es lenguaje siquiera. Lenguaje hablado, quiero decir.» («Cartas al amigo», en *Ahora*, Madrid, 7-VI-1934.)

Claro que esta individualidad expresiva, perfectamente legiti-

muchedumbre

ma en todo escritor auténtico, y que en Unamuno cobra valor de excepción por sus circunstancias personales, requiere la colaboración íntima del lector. Pero es que don Miguel la busca. «¿No cree usted, lector amigo—escribía en 1934—, que uno de los deberes de un escritor que se precie de tal, de hablista y no de hablador, es hacerlo de tal modo que le obligue al oyente o lector a que se adentre y ahonde en el habla común y que la desentrañe?... Y si el autor no se entiende ni acaba de entender lo que dice, ¿no cree usted que debe escribir para convencerle al lector de que tampoco él se entiende, de que no nos entendemos por no querer cobrar conciencia de nuestro lenguaje común, que es nuestro común entendimiento? Y desentrañarlo es rehacerlo, renovarlo, re-crearlo. Y no hay más conversación que la re-creación. Sólo se conserva la lengua que se re-crea.» («Cartas al amigo», VII, en *Ahora*, Madrid, 18-I-1934.) Este y los anteriores pasajes plantean un curioso problema histórico-lingüístico, según creo. El de la filiación de Unamuno ~~es~~ la historia de la lengua española. El requerir la cooperación activa de quien le lee acerca su actitud a la de los culteranos y conceptistas, en los que Menéndez Pidal ha descubierto análogo propósito. Aunque personalmente no sintiese simpatía por Góngora—recuérdese su juicio con motivo del centenario de aquél, en 1927—y no la tuviese en un tiempo por Quevedo. Y digo en un tiempo, porque sería curioso examinar cómo fué acercándose a él en el curso de su propia obra. No tengo ahora espacio para adentrarme en exploración tan sugestiva, pero si debo señalar cómo en 1924, estando en la soledad de su isla de Fuerteventura, escribe este soneto revelador:

8 Palabras del idioma de Quevedo,
hinchidas de dobleces de sentido,
cada una de vosotras es un nido
de sutiles conceptos, y el enredo
de la maraña que fraguáis el dedo
del ingenio, con arte recogido,
lo desenreda y salva del olvido
vuestra alma secular...

(De *Fuerteventura a Paris*, 1925.
Soneto XXXVI.)

No digo que deba ser incluido Unamuno entre los escritores conceptistas, juzgando la relatividad del término; pero creo evidente su entusiasmo por esta veta tan hispánica de nuestras letras. En su libro autobiográfico *Cómo se hace una novela*, publicado en 1927, hay varias alusiones al gusto conceptista del juego de palabras. Y a un período de extraordinaria fecundidad poética, el de su destierro en Hendaya, según las muestras que conocemos de su *Cancionero*, iniciado en 1928, corresponde esta poesía, tan característica de su quehacer lingüístico:

Niño viejo, a mi juguete,
al romance castellano,
me di a sacarle las tripas—
por mejor matar los años.

Que termina así:

¡Juguete de niño viejo!
¡Lenguaje de hueso trágico!

A esta estima y comprensión del proceder quevediano habría que añadir los dos magníficos artículos que le dedicó en 1935; y yo me permitiría incorporar algunos escritos muy anteriores, de 1920, en los que proclama su entusiasmo por Baltasar Gracián, uno de los cuales se titula «¡Admirable todo!», y en el que, atraído por la figura del jesuita aragonés, hace esta confesión: «Pero yo, que si no soy jesuita no me falta mucho de conceptista...» (Pueden leerse estos escritos en mi edición *De esto y de aquello*, I, Buenos Aires, 1950, y Madrid, 1952.) Este constante escudriñar las palabras, esas inversiones semánticas, esa contraposición de términos opuestos, tan caros a Unamuno, parece que nos sitúan su figura como escritor en la mejor tradición conceptista hispánica, con la que coincide, al menos, en el manejo entrañable, y entrañado, que hace de su lenguaje.

Pero es forzoso poner fin a esta oración inaugural. Y lo haré acudiendo a otro de sus últimos escritos, salido de su pluma en 1935 y dirigido a su público americano. «Y así hay quienes apuntan las palabras que me oyen o las que leen en mis escritos—escribía—. Y más ahora que saben que se me ha hecho de la Academia—antes Real—Española de la Lengua Castellana, la de

«Limpia, fija y da esplendor». (Cargo del que no llegó a tomar posesión.) ¡La Academia! Cada vez que se me hacía notar que alguna palabra que yo empleaba—casi siempre recogida del habla popular y tal vez forjada, por analogía, por mí—no estaba en el Diccionario de la dicha Academia, el que pasa por oficial, replicaba yo: «¡Ya la pondrán!» Que el modo de que se registre algo es que este algo empiece por existir. Mas no se crea que yo vaya a meterme en la Academia para ir metiendo en su Diccionario las palabras que haya recogido de boca del pueblo y las que, forjadas por mí, hayan sido acatadas por él, no. Y eso que tal cosa sería lo debido. ¡Hay tan falsa idea de lo clásico en confusión con lo académico!» («Saludo a mi antiguo público», en *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 29-VI-1935.) Hay en estos pasajes una admonición a los futuros investigadores de su peculiaridad estilística, un acendrado y melancólico recuerdo de su viejo entusiasmo por el habla popular, y una insistencia en el deslinde de los conceptos de lo clásico y lo académico. Pero asimismo hay estas palabras, encabezadas por una pregunta bien reveladora, con las que doy por terminada mi intervención. Son éstas: «¿Llegaré a ser clásico? No lo sé, pero sí debo declarar, «con la modestia que me caracteriza»—esta frase la he tomado modestamente del gran Sarmiento—, que cuando se me dice: «¡Cuánto ha progresado usted, don Miguel, en lenguaje y estilo!», contesto: «No, es que usted ha aprendido ya mi habla, y si no, pruebe a leer aquellos mis escritos que le parecieron antaño oscuros, y lo verá.» Lo que hay es que mi público, el mío, el que he acabado por hacérmelo—¡mi trabajo me ha costado!—, ha aprendido mi habla. Que para servirle me la he hecho.»

Salamanca, agosto de 1952.

8 Salamanca, agosto de 1952

614221391

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6404236443

815832028